

dará un poco siquiera de lo que me ha robado. Con diez mil reales mi hijo podría estar seis ó siete meses en Roma, sería dichoso, realizaria su sueño.

El viejo avaro estaba muy enfermo, y acaso le mortificaba ya la conciencia, porque dió á Cármen los diez mil reales, bien que aprovechó la ocasion para que le firmara una cesion de la finca, algo más formal que el documento que por sorpresa le hizo firmar cuando murió D. Julian.

—¡Loado sea Dios! pensó Cármen, voy á hacer por mi hijo el sacrificio supremo; voy á separarme de él. Es preciso; se trata de su porvenir; no debo ser egoista.

Angel creyó volverse loco de felicidad cuando su madre le dijo que iria á Roma; tan feliz era en aquel momento, que besó, acaso por primera vez, á su madre, y el desdichado no advirtió que al besar á su madre tocaron sus labios una abrasadora lágrima de la que le habia dado el sér, de la que todo se lo habia sacrificado. Angel parecia otro: expansivo, alegre, no pensaba en otra cosa que en su viaje; sus mejillas no estaban ya pálidas, sus ojos se animaban, su salud parecia, en fin, asegurada.

Y Cármen tambien participaba del gozo de su hijo, y no se paraba á considerar la ingratitude de éste, que con tanto anhelo deseaba separarse de ella, separarse de su madre, que habia sido es-

clava y mártir de su deber, que tantas penas habia sufrido, que tan gran tesoro de amor le habia consagrado... Ni siquiera habia manifestado Angel que iria más gustoso si su madre le acompañara en su viaje. Él no pensaba más que en su gloria, en el renombre que alcanzaria, en el tributo de admiracion que todos tendrian que rendir á su talento... Soñaba que seria rico, que seria amado, que una mujer hermosa, por muy hermosa que fuera, se consideraria muy honrada con ser la esposa del gran artista. . ¡Y en estos sueños no se acordaba de su madre!

Dimas, cuando supo la resolucion de su sobrino, le escribió una carta, dejándole en libertad de enseñarla ó no á su madre.

«Piensa bien ántes lo que vas á hacer, le decia; piensa sobre todo si podrás prescindir de los cuidados de tu madre, y si no seria más acertado que dejases pasar algun tiempo más ántes de emprender el viaje.»

—¡Cosas de mi tio! se dijo Angel; como él es tan extravagante y se ha acostumbrado al rincon del pueblo, no comprende lo que es el afan de gloria, y presume que soy todavía un chiquillo como cuando él vivia con nosotros.

Y rompió la carta.

Llegó al fin el dia señalado para emprender el viaje; dia terrible para la buena madre, que, al mismo tiempo que gozaba en la alegría de su hijo,

sufria angustia inexplicable y tenia sombríos sentimientos de que aquel viaje iba á ser fatal para su hijo.

Angel acarició á su madre, le aseguró que nunca se habia sentido en mejor estado de salud, y partió lleno de ilusiones de gloria y de felicidad. Bendijole su madre, hizo dolorosos esfuerzos para contener la explosion de su agudísimo dolor en aquel momento, y cuando se puso en movimiento el tren donde iba su hijo, ya no pudo más y cayó sobre el pavimento del anden privada de sentido. Angel la vió caer, pero el tren caminaba ya rápidamente, y en un segundo se perdió de vista.

¡Oh! si hubiera sido la madre la viajera y el hijo el que cayera desmayado en el anden, aquella no hubiera vacilado un momento, se habria arrojado del coche á socorrer á su hijo, sin pensar en el peligro.

XVII.

Tres dias despues Angel estaba en París, y su madre recibia un parte telegráfico en que le anunciaba su llegada sin novedad. En París se detendria seis ú ocho dias para visitar los principales monumentos del *cerebro* de Europa, como ha lla-

mado Víctor Hugo á aquel gran almacén de mucho bueno y de todo lo perverso.

El quinto día tuvo una gran alegría: recibió carta de su hijo; mil veces la besó, y le contestó con una larguísima, llena de consejos sobre lo que debía hacer para que no se alterase su salud, manifestándose muy contenta de que hubiera hecho el viaje, y acababa pidiéndole perdón si le parecía importuna y difusa en demasía en sus cartas. «Tú tienes, le decía, otro amor, el de la gloria del mundo; yo, hijo mío, no tengo más amor que tú, ni aspiro en el mundo á otra gloria que tu felicidad. Tú piensas en tu porvenir, en tu reputación; yo no pienso más que en ti.»

Volvió Cármen algunos días después de llevar otra carta al correo, cuando llamaba á la puerta de su modestísima habitación un venerable sacerdote, que á ella era á quien deseaba ver.

—Yo soy por quien V. pregunta, dijo Cármen.

—Lo celebro. Vengo á desempeñar un encargo muy grato para mí, que me complazco en el bien de mis hermanos.

—Escucho á V.

—¿Conoce V. á D. Liborio Roldán?

—Sí, señor, fué amigo, ó conocido, porque amigo no le puedo llamar, de mi querido padre, que en paz descansa.

—En nombre de ese caballero vengo.

—¿Y qué desea de mí?

—Desea que V. le perdone. El Sr. D. Liborio está moribundo; yo he recibido su confesion, y arrepentido del mal que hizo á V., movido de miserables pasiones, quiere reparar en lo posible el daño y restituir á V. lo que le pertenece legítimamente. En este pliego se hallan los dos recibos que hizo firmar á V. de cesion de un solar donde él construyó luego una hermosa finca. Rompamos estos testimonios de una mala accion. En este otro pliego hallará V. treinta mil duros en que estima el solar, y ahora me hará usted el favor de firmar esta escritura de venta en debida forma. La finca construida por D. Liborio la lega á favor de un establecimiento de beneficencia.

—¡Bendito sea Dios, exclamó Cármen, que así mueve los más duros corazones á la piedad y el arrepentimiento! ¡Oh! ¡ya es feliz mi pobre hijo!

—Don Liborio desearia que V. misma fuera á llevarle el perdon á su lecho de muerte.

—¡Oh! sí, señor; iré á bendecirle y á expresar!e toda mi gratitud.

—Pues no tarde V., porque le quedán pocas horas de vida.

—Ahora mismo.

Cármen fué á casa de D. Liborio, y llegó á tiempo de decirle dulces palabras de consuelo, y de besar la descarnada mano del avaro, que murió tranquilo y venturoso, como que Dios le habia concedido espacio para arrepentirse de sus cul-

pas. El lector adivina lo que pensó Cármen al verse dueña de aquella fortuna, que únicamente para su hijo la quería: pensó ir á París á decirle: —«Toma, hijo mio, todo para tí; yo no quiero más que tu amor y un pedazo de pan que tú me des para vivir, no por vivir, sino por poder verte, cuidarte y amarte mucho tiempo.»

Inmediatamente escribió á Dimas, que sabia se alegraría de su buena fortuna, y le anunció su propósito, y el dia siguiente al de la muerte de D. Liborio se dispuso á marchar.

Pero la amante madre no habia de tener momento de ventura que no le acibarase la pena; una hora ántes de la salida del tren recibió un parte telegráfico, que decia:

«Señora: Su hijo de V. está enfermo y clama por su madre.»

Y lo firmaba el dueño del modesto hotel donde se habia instalado en París el desventurado jóven.

Y aquel viaje que Cármen esperaba hacer llena de alegría, con la grata idea de la sorpresa agradabilísima que iba á dar á su hijo, lo hizo con febril impaciencia, con mortal inquietud, con inexplicable angustia.

¡Pobre madre! ..

XVII.

Llegó Cármen á Paris en el estado de ansiedad que puede imaginar el lector, y corrió al hotel donde debia hallarse su hijo.

—Ya no está aquí, le dijo brutalmente un criado á quien preguntó.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡mi hijo ha muerto! exclamó Cármen apoyándose en la mesa del despacho de la fonda.

—No, señora, no ha muerto, dijo el dueño, que entraba en el mismo instante: no está aquí su hijo de V., porque el médico ha creído que estaria mejor asistido en una *casa de salud*, y con su consentimiento ha sido trasladado. Está muy cerca de aquí, y yo mismo voy á acompañar á V. Yo he hecho por él cuanto he podido, y frecuentemente le visito. El pobre jóven se acuerda mucho de su madre, y él me suplicó que diera á V. aviso de su estado.

—Vamos, por Dios, vamos á donde está mi hijo.

Este se hallaba muy enfermo; cuando su ma-

dre le abrazó lloraba como un niño, y exclamó con apagada y penosa voz:

—¡Perdon, madre, perdon! Bien decia mi tío Dimas, sólo á tu lado podia yo vivir.

Cármén advirtió que le devoraba una fiebre terrible: sus manos, sus brazos, su rostro, todo su cuerpo estaba cubierto de manchas y granos.

Animó á su hijo, cuando ella se sentia morir, aparentó serenidad, y se dispuso á hacer el último esfuerzo en la lucha que habia emprendido veinte años hacia con la muerte en defensa de aquel hijo desventurado.

El médico del establecimiento, al ver á la angustiada madre, que quiso tener con él una conferencia, dijo tristemente:

—Señora, ¿á qué ha venido V.?...

—Soy madre, señor; pero dígame V. la verdad, toda la verdad. Mi hijo...

—Su hijo de V. no tiene remedio.

—¿Va á morir?

—Sí, señora. Y en estos cinco dias que le he asistido me ha hecho pensar muchísimo, me ha hecho comprender cuán pequeña y miserable es la ciencia del hombre. Yo he examinado cuidadosamente al enfermo; he reconocido la estructura de su cuerpo, su organismo, y me he preguntado muchas veces por qué medios sobrenaturales ha podido conservarse la vida de ese jóven.

—Señor, yo referiré á V. cómo ha vivido mi

hijo, cuánto he sufrido, cuántos desvelos me ha costado, pero ántes oiga V. dos palabras. Tengo en mi poder más de ciento cincuenta mil francos, yo se los doy á V. si salva la vida de mi hijo, si le cura de esa enfermedad que hoy sufre.

—Señora, si yo le pudiera salvar le salvaria, sin otra recompensa que la satisfaccion propia de un médico de conciencia; pero es imposible.

—Entónces, yo quiero que vengan otros médicos.

—No se acostumbra admitir médicos extraños al establecimiento, pero se hará una excepcion por complacer á tan amorosa madre. Desgraciadamente todo será inútil.

—¿Cuándo cree V. que morirá mi hijo?...

—Muy pronto.

—¡Oh! ¡Dios mio! yo, miserable, sin recursos, en la mayor escasez, he podido conservar la vida de mi hijo, ¡y ahora que tengo tanto dinero, que puedo dar á mi hijo cuanto desee, no le podré salvar!...

—Señora, es imposible.

Antes de salir de Madrid, Cármen habia escrito á Dimas anunciándole la buena accion de D. Liborio y la enfermedad de su hijo en París. Y terminaba la carta pidiéndole, por Dios, que fuera á asistir á Angel. Dimas no podia negar nada á la mujer que tanto habia amado, por quien todo lo habia sacrificado, y se puso en camino, con gran

disgusto del pueblo, que amaba mucho á su médico, pero no le perdonaba que se marchase á lo mejor. Quería aquel pueblo monopolizar por completo la ciencia de Dimas, y sin duda le parecía que éste le defraudaba empleándola en favor de personas que no pertenecían al vecindario, ni siquiera al término, ni aún á la provincia.

Cuando Dimas llegó á París, aún vivía Angel, y ya le habían visto notables profesores, que consideraron imposible que se salvara. Dimas opinó lo mismo que sus colegas.

Angel había querido, como Icaro, volar con alas de cera, y había caído desde la altura de sus ilusiones en brazos de la muerte. Ingrato y soberbio, había desconocido que sólo el amor maternal había podido defender su frágil existencia, y Dios le hacía comprender al fin la poderosa grandeza de ese amor incomparable.

Había llegado Angel á París ardiendo en deseos de verlo todo, de admirarlo todo, y se había lanzado á la calle, y dos días enteros recorrió incansable las suntuosas calles, las magníficas plazas, y se extasiaba en la contemplación del lujo y la belleza de las mujeres, y nacían en él nuevos deseos, más ardientes, más arrebatadores y vehementes cada vez. Devorábale la calentura en aquella encantadora agitación, y se creía, ¡infeliz! lleno de vigor y vida. El segundo día retirábase por la noche, después de muchas horas de

andar, viendo maravillas, soñando glorias inexplicables, erguido como un gigante, y al pasar por el Puente Nuevo, un chicuelo, que tendria diez ú once años, pasó junto á él, y gritando: *¡En avant le bossu!* le dió un empujon y le derribó en tierra.

Angel perdió el conocimiento, y estuvo allí tendido un cuarto de hora. Cuando volvió en sí estaba helado, y su ropa empapada por la lluvia. Con mucho trabajo llegó al *hotel*; se sentia muy mal y creyó que iba á morir. Entónces se acordó de su madre, entónces comprendió que él, sólo al calor y en la compañía de su madre, podia vivir.

Cármen veia morir á su hijo, y no se separaba de su lado ni un momento; allí estaba serena, tranquila, animando al enfermo, consolándole, fórtaleciéndole. Angel, cuya inteligencia era clarísima en tan supremos instantes, quiso recibir el Viático, despues de confesar sus culpas; Cármen lo dispuso todo para el solemne acto, y ella tambien quiso, como su hijo, recibir los Sacramentos.

—Si mi hijo muere, dijo á Dimas, yo tambien moriré. Dios ha unido indisolublemente su vida y la mia. Yo tambien debo prepararme á morir. Por eso me ves tranquila, porque sé que no me separo de mi hijo; mi alma volará en pos de la suya, y Dios hará lugar á las dos juntas en el cielo, si lo hemos merecido.

—Cármen, por Dios, tú ya has hecho todo lo

que una madre puede hacer por su hijo. Dios te ha concedido, por singular premio á tu amor maternal, que tu hijo viva mucho más tiempo que hubiera podido vivir sin ese verdadero milagro de la Providencia. Tu mision está dignamente cumplida y tú no debes morir.

—¡Oh! no creas que yo misma voy á darme la muerte en mi desesperacion. Nó, Dimas, nó; soy cristiana. Pero siento que mi corazon, que tanto ha sufrido, que tan destrozado está por los más agudos dolores, se romperá en este último dolor.

XIX.

Era la alborada.

Dimas, que habia velado tambien junto al lecho de Angel, acababa de quedarse dormido.

Angel dormia, descansando su cabeza en el brazo de su madre, y ésta besaba su frente.

De pronto el enfermo se estremeció, y abrió los ojos, fijándolos un momento en su madre.

—Hijo mio, murmuró ésta.

Un sudor frio corria por las mejillas del enfermo, que se agitó en penosa convulsion.

—¡Hijo! repitió la madre.

—¡Madre! dijo Angel, y su pecho se levantó, su boca se entreabrió y exhaló un débil suspiro.

Cármén se abrazó al cadáver del jorobado, y dió un grito. Aquel supremo dolor fué el único que no pudo resistir su corazón de madre.

En el cementerio de Mont-Parnase hay una losa sobre la que se elevan dos cruces de mármol; en la losa se lee esta inscripción en español.

CÁRMEN.—ÁNGEL.

1.º DE JULIO DE 1868.

Allí reposan juntos la madre y el hijo. Dimas consagró este recuerdo á su amada Cármén, y heredero de la fortuna de ésta, por no haber otro pariente, todo lo dió á los establecimientos benéficos de Madrid, en nombre de Cármén, y volvió al pueblo, donde aún sigue, y ya no se quejan de él los honrados vecinos: porque ya no lo abandona nunca. Alguna vez le dice alguno:

—Pero, D. Dimas, veinte y tantos años hace que le conozco á V., y nunca le he visto reír, nunca le he visto á V. alegre; siempre hallo en usted la misma tristeza.

—Amigo mio, la tristeza es mi compañera y la amo. La alegría no sé lo que es. No le preocupe á usted mi tristeza, porque esta tristeza es el único encanto de mi vida.

—¿Cómo se alzó al castigo del jorobado?
 —¡Oh, mi hijo! Aquel enorme dolor fue el único
 que no pudo resistir en corazón de madre.

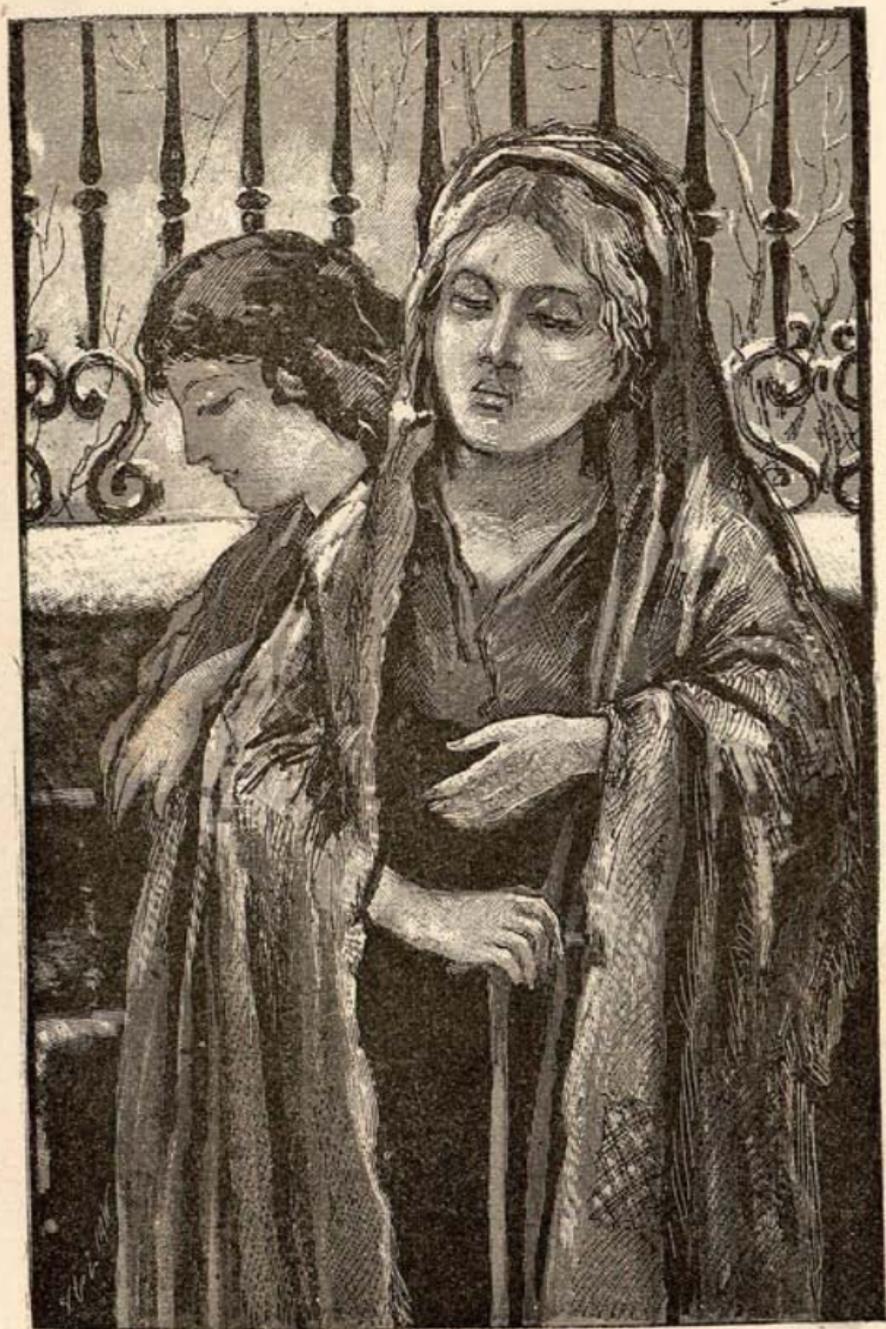
—¿Y el momento de Juan-Pedro? Hay una
 cosa sobre la que se elevan dos cruces de mármol:
 en la base de esta inscripción se esgrimen

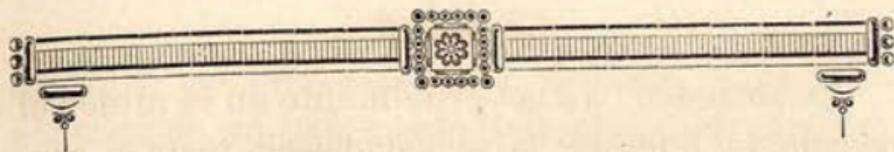
—¿Qué? —¿Qué?
 —¡Oh, mi hijo, mi hijo!

—¡Oh, mi hijo, mi hijo! La madre y el hijo. Dime
 cómo se te encontró en una arada China, y he-
 rido de la fortuna de ésta, por no haber otro
 remedio. Todo lo que a los celos de los vecinos
 en nombre de la madre y el hijo, y el hijo
 al pueblo, donde aún sigue, y ya no se puede
 de los honrados vecinos: porque ya no se aban-
 dona nunca. A veces voy a ver a algunos:

—Pero, ¿cómo, cómo, cómo y tan pronto como
 que se conoce a Y. y nunca le he visto venir,
 nunca le he visto a Y. ¿algún momento más en
 usted la misma felicidad?

—Amigo mío, la tristeza es mi compañera y la
 mía. La alegría no sé lo que es. No lo preocupas
 nada tu tristeza, porque esta tristeza es el único
 encanto de mi vida.





II

LAS MADRES ABANDONADAS⁽¹⁾

Entre todos los séres desgraciados, ninguno lo es más que la madre abandonada.

Entre todos los culpables, ninguno lo es quizá ménos que la madre abandonada.

La ley castiga lo mismo al asesino que al miserable que arma su brazo y le induce al crimen. El castigo es justo.

(1) Este trabajo se publicó en otro libro del autor, titulado *Caricaturas y retratos*, pero se le da cabida en este volúmen, dedicado exclusivamente á *Las madres*, porque en él creo que tiene su verdadero lugar. Además, me ha movido á incluirlo aquí la circunstancia de que la edición del citado libro está completamente agotada.

Excepto *Las madres abandonadas*, las demás narraciones que contiene este volúmen son completamente nuevas.

La sociedad castiga cruelmente en la mujer el pecado del hombre: la sociedad seria justa si castigase la culpa imponiendo la mayor pena al fuerte, sin el cual no hubiera podido ser culpable el débil.

Demostraré esta verdad.

La mujer ve en el hombre su apoyo, su guía, su porvenir; aprende que ha nacido para ser su compañera, para respetarle y amarle, para alentar su espíritu en las tormentas de la vida, para ser madre de los hijos que han de heredar su nombre y su honra, para enseñar á sus hijos las virtudes de su padre, para dar al hombre el hogar y la familia.

El hombre, que nace de la mujer, y despues debe la salud y la vida á la mujer, que cuando niño le cuida y le educa, cuando hombre le ama, y le alienta y le acompaña fiel en los dias adversos, y cuando anciano le cuida tambien y le respeta y le sufre, sabe que la mujer no tiene más patrimonio que su virtud, ni más esperanza que el amor del hombre, ni más porvenir que el apoyo del hombre, ni otra recompensa que el amor y el respeto de sus hijos.

Y el hombre, que sabe todo esto, es el enemigo de la virtud de la mujer, el que le quita todo apoyo y toda esperanza, el que la abandona vilmente en medio de la sociedad, que abre sus puertas para el fuerte que se hizo verdugo del

débil, y las cierra para la víctima, cuya falta consiste en no haber sido tan criminal como el que le mostró el camino que conduce al mal, aparentando conducirla por el camino del bien.

Merecerá perdon el hombre que, abandonado de sus semejantes, y al sentirse morir de hambre y ver morir á sus hijos, se arma de un puñal, y sale á sorprenderos y á robaros para vivir él y sus hijos un dia más; le merecerá el que, humillado, insultado, escarnecido, provocado por otro, le desgarrá el corazon en un momento de ciego furor; le merecerá el hombre honrado que, convencido de la ingratitud de una esposa infiel y desnaturalizada madre, la ahogue entre sus brazos; pero ¿merecerá perdon el que roba el honor de una mujer—que no le ha hecho otro mal que amarle y considerarle hombre honrado,—y la paz á un padre anciano, orgulloso de la virtud de su hija, y la abandona al desprecio del mundo, dejándole para toda su vida otro sér inocente y abandonado tambien, que no tiene más culpa que la de haber nacido?

Pues entre los hombres honrados viven esos hombres tan culpables como el ladron y el asesino, que la sociedad, justamente agraviada, mata ó aleja de su seno.

¡Y esos hombres hallan mujeres honradas que admitan un nombre negado á otras mujeres que fueron honradas tambien!...

Quizás, cuando muere alguno de esos hombres, padres de hijos que no les han conocido, que tal vez imploraban la caridad pública en tanto que ellos gozaban próspera fortuna, la sociedad escribe en la lápida de su sepulcro:—«*Hombre honrado, buen esposo, buen padre.*»

Tal vez el hijo abandonado de ese *buen padre*, al leer aquella lápida, vierte una lágrima abrasadora y siente oprimido su corazón, considerando qué felices son los hijos que conocen á sus padres, bien ajeno seguramente de que aquel *buen padre* es el mismo *padre desconocido* que halló en su vergonzosa fé de bautismo.

Pocos hijos vereis abandonados de sus madres, pero ¡cuántos hay abandonados de sus padres!

Es verdad que ningun amor iguala al amor de madre; porque se necesita toda la abnegacion de ese amor, todo el valor que dan á la mujer una caricia, una sonrisa, una lágrima del hijo de sus entrañas, para resignarse á vivir una vida de horribles desengaños y tristisimas memorias, para presentarse en el mundo señalada con el sello de la infamia, para consagrarse á velar por un ángel, que será hombre despues y pedirá á su madre tal vez cuenta de su honra, ó mujer, y no hallará un hombre que quiera dar su nombre á la que ninguno tiene.

¡Oh! no es bien nacido, ni puede tener alma

generosa y corazon sano, el que se atreva á ofender á una madre abandonada!

¡Pobre madre la que tiene que sufrir la humillacion de recibir del mismo ladron de su honra una limosna para su hijo abandonado!

La ley suele obligar á un padre á que dé una limosna á su hijo; la ley debiera obligarle á merecer en largos años de soledad y remordimiento el favor de que la madre y el hijo abandonados aceptasen su nombre.

Alfonso Karr ha escrito dos bellísimas páginas que titula *Les filles-mères*; copiaré uno solo de sus párrafos:

«Es una crueldad, dice el espiritual novelista, que una mujer burlada, que se decide á ser á la vez padre y madre de su hijo, á trabajar dia y noche para sostenerle, á no comer si es preciso para que tenga que comer el hijo de su corazon; es una crueldad, repito, que esa mujer que se impone una obligacion heróica, obligacion de todos los dias y todas las horas, esa mujer, á quien todos deberíamos admirar y prestar decidido apoyo, sea rechazada en todas partes, humillada siempre, y siempre objeto de general desprecio.»

En todos los casos se ayuda al débil contra el fuerte, á la víctima contra el agresor; pero cuando se trata de una mujer engañada villanamente, la deshonra es de la víctima, no del asesino.

Algunos de esos hombres pretenden discul-



par su felonía con una lógica tan egoísta y asquerosa como irritante.

Reconvenido uno, á quien conocí, por haber negado su nombre á su hijo recién nacido, contestó que su clase, su categoría y las conveniencias sociales no le permitían acceder á tan justa pretension.

Comprendo que haya un hijo que se avergüence de su padre, pero no que haya un padre que se avergüence de serlo de un ángel recién nacido.

Yo no hubiera vacilado en firmar para aquel hombre una sentencia de alejamiento perpétuo de la sociedad, seguro de que en su alma no habia ningun instinto bueno y generoso.

Se le observó que por qué no honraba al hijo redimiendo á la madre, y el cobarde contestó que la desigualdad de clases era un obstáculo insuperable para semejante posicion.

¡Es decir, que hay desigualdad de clases para honrar á una mujer, y no la hay cuando se trata de deshonrarla!

Si esta lógica es uno de los adelantos de la civilizacion, paréceme que no podemos estar muy orgullosos que digamos con nuestra civilizacion.

¡Es decir, que la mujer pobre no debe culpar de su deshonra al infame que vino á turbar la paz de su hogar y á llevarla por un camino desconocido para ella, sino á su pobreza, á sus padres honrados, que no fueron nobles y poderosos

y no la hicieron heredera de inmensos caudales, al Criador, que la hizo nacer en la humilde cuna del trabajo y la honradez!...

¿Puede darse ley más injusta, más irritante?

¡Pobres madres abandonadas, educad á vuestros hijos, amadlos, porque son vuestros hijos, y porque son más inocentes y más desgraciados que vosotras!

Pensad que las leyes de Dios son más justas, más equitativas que las leyes de los hombres; que el amor que teneis á vuestros hijos os purifica del amor que tuvisteis á sus desalmados padres; que la noble heróica accion que cumplis, en medio de la sociedad que se aleja de vosotras, es meritoria á los ojos de Dios, y que la Providencia, benigna con el que repara sus errores, es inflexible con el rebelde á la voz del deber y de la naturaleza. ¡Oh, sí! ¡La Providencia castiga siempre al padre desnaturalizado!

¡Cuántos padres reconocen á sus hijos en la hora de la muerte!—Es que la voz del remordimiento no cesa, en esos supremos instantes, de clamar en la conciencia.

Antes de concluir quiero referir la historia de un loco, que murió no há mucho tiempo en un hospital, fuera de Madrid.

D. Pablo, que así se llamaba, habia quedado huérfano, en los primeros años de su vida, en un pueblecillo de la costa y al cuidado de una hon-

rada familia de pescadores. Criado á orillas del mar, se aficionó grandemente á la azarosa y noble profesion de la marina, y á los diez y nueve años hizo su primer viaje á las Antillas, á bordo de un navío mercante, siendo tantas y tales las pruebas que dió de arrojo y pericia, que pocos años despues una de las casas más fuertes de Cádiz le confió el mando de un buque que hacia las travesías más peligrosas.—En uno de los viajes que hizo el jóven marino tuvo ocasion de hallar en una pobre aldea, oculta entre peñascos enormes y elevadas montañas, una niña, inocente como el sueño de un niño y hermosa como la virtud, de quien se enamoró locamente, y á quien logró inspirar un amor tan puro como sincero y desinteresado.

Durante un año, todos los meses hizo una visita á la enamorada aldeana, que nada le pedia, nada más sino que nunca la olvidara y nunca pasara por cerca de la aldea sin bajar á decirla: «¡Aún te amo, hija mia!»

Pero el marino pasó una vez á lo largo, por delante de las montañas que ocultaban la aldea, y el mes siguiente pasó lo mismo, y el otro tambien.

Uno de los comerciantes dueños del buque le habia casado con su hija, mujer más rica que hermosa.

D. Pablo dejó el mando del buque, y se hizo comerciante, y armador, y no sé cuántas cosas

más; pero una sombría tristeza nublabá constantemente su semblante, y su carácter, ántes franco y expansivo, se tornó tétrico, receloso y duro.

Atribuíanlo las personas que le rodeaban á la vida tranquila y sedentaria en que habia entrado, tan opuesta á la vida de marino, que tan bien le habia probado desde niño.

D. Pablo no amaba á su mujer, y ésta, por su parte, no dejaba de conocerlo; así es, que sin oposicion de ningun género, volvió D. Pablo al mar, dejando en la ciudad á su esposa y una hija que tenian.

Viajó durante catorce años, recorriendo los más lejanos países, y volvió á Cádiz, cuando recibió la noticia de la muerte de su mujer, que dejaba una hija de diez y ocho años, por quien él debía velar.

Su melancolía no habia desaparecido en catorce años de caprichosos y variados viajes; siempre estaba sobresaltado, se creia muy enfermo, hablaba frecuentemente de la proximidad de su muerte, y todos los dias encarecia á su hija los deseos de casarla pronto, para que al morir él, no quedara sola en el mundo, expuesta á mil peligros y mil asechanzas.

Su hija tenia ya elegido dueño para su corazón, pero D. Pablo, que nada sabia, la destinaba á un pobre y honrado jóven, hijo de un antiguo compañero suyo.

Cuando habló á éste de su proyecto, descubrió el secreto de su melancolía incurable.— «Diez y nueve años hace, le dijo, que cometí una villanía, abandonando una pobre niña para casarme con la madre de mi hija; desde aquel dia no he tenido uno solo de tranquilidad; por donde quiera que voy me sigue la sombra de aquella desventurada.. Quiero casar á mi hija, porque una voz, que debe ser la del remordimiento, me dice que me amenaza un terrible castigo y á mi hija una gran desgracia. Puede ser que esta sea una preocupacion, pero es una preocupacion que hará horrible mi agonía... si en la hora de mi muerte no veo á mi hija esposa de un hombre honrado...»

Un mes despues preparábase la boda de la hija de D. Pablo: éste parecia más satisfecho, más tranquilo; el presunto novio no cabia en sí de gozo; se habia gastado un dineral en regalos y alhajas para la novia; su padre le habia comprado una preciosa casa de campo, en la que debia celebrarse la ceremonia.

Llegó la víspera del dia de la boda, y ambas familias, testigos, convidados, etc., se trasladaron á la casita de campo.

Pero amaneció el dia señalado; y todos se presentaron, ménos la novia, quien tuvo la atencion, para evitar suposiciones y conjeturas, de dejar una carta escrita en estos términos:

«Perdóneme V., padre mio; amo á otro hombre, y huyo con él hasta que V. consienta en concederle mi mano. V. es muy bueno para mí, y querrá mi ventura.»

—¡Oh! ¡La Providencia! exclamó D. Pablo, al concluir de leer la carta.

Y salió desesperado, sin saber á dónde iba, al jardín, que daba entrada á la casa de campo.

Y al ir á abrir lá verja, una mujer ciega, apoyada en otra mucho más jóven y extremadamente hermosa, se acercó diciendo:

—¡Señor, una limosna por Dios para esta pobre madre abandonada!...

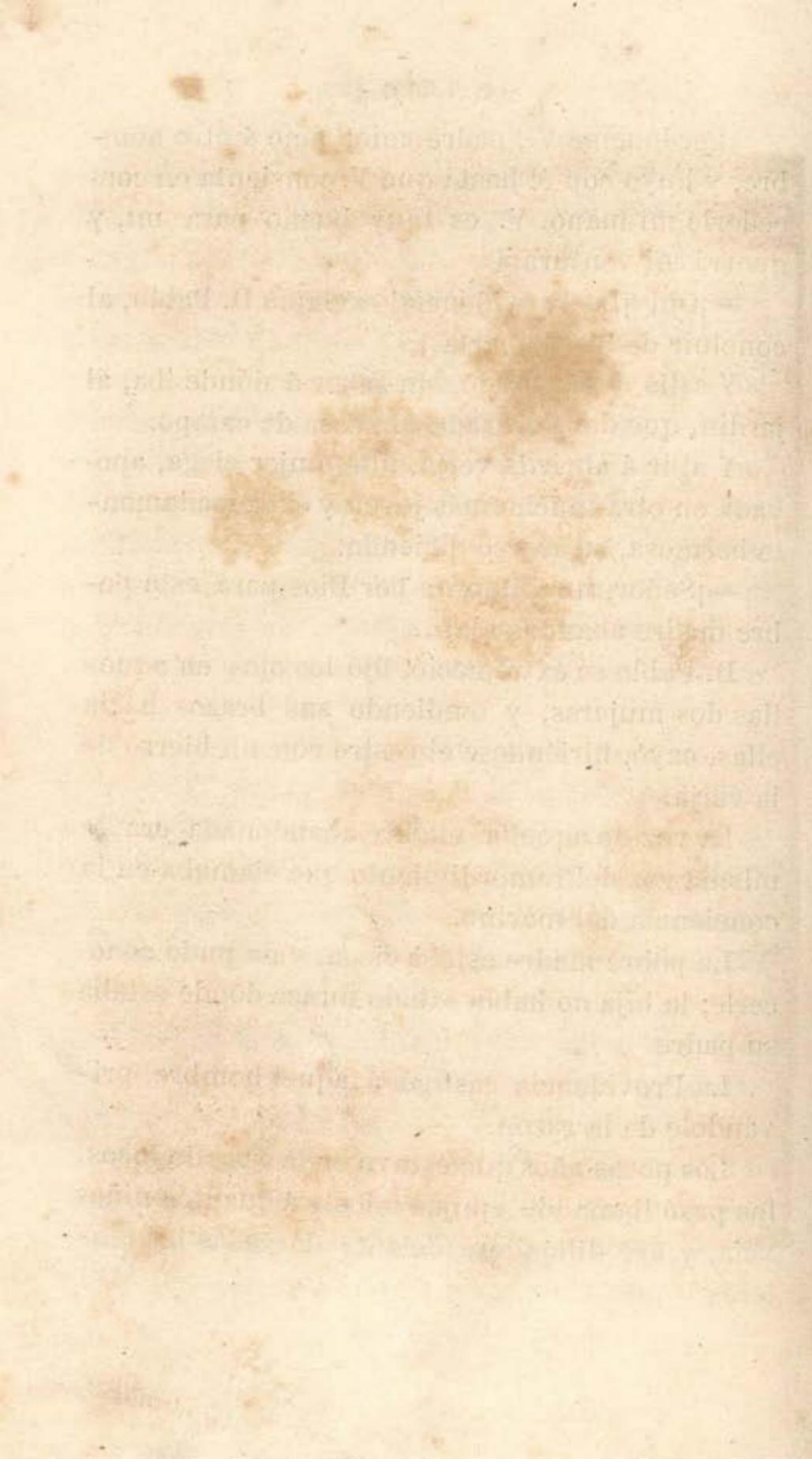
D. Pablo se estremeció, fijó los ojos en aquellas dos mujeres, y tendiendo sus brazos hácia ellas, cayó, hiriéndose el rostro con un hierro de la verja.

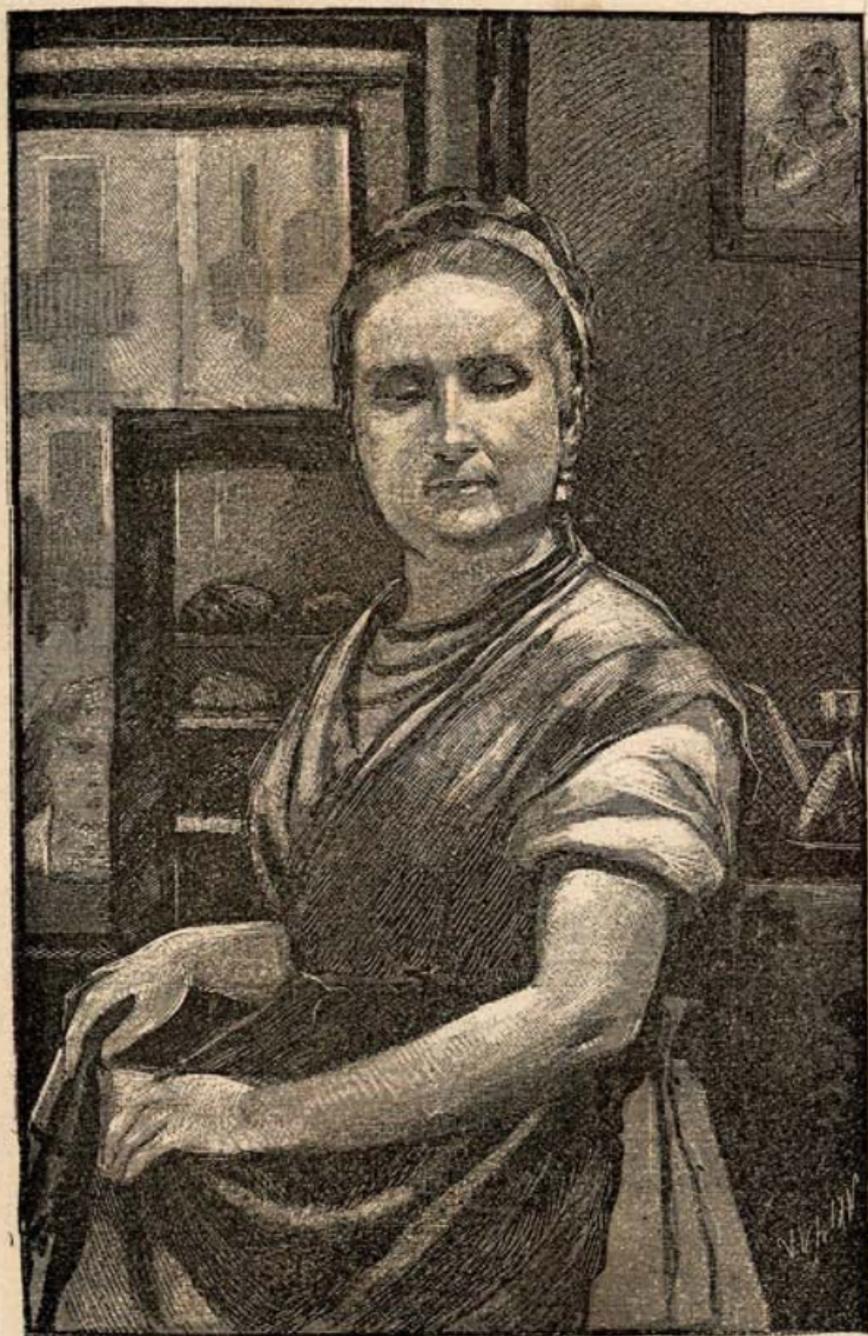
La voz de aquella madre abandonada era la misma voz del remordimiento que clamaba en la conciencia del marino.

La pobre madre estaba ciega, y no pudo conocerle; la hija no habia sabido nunca dónde estaba su padre.

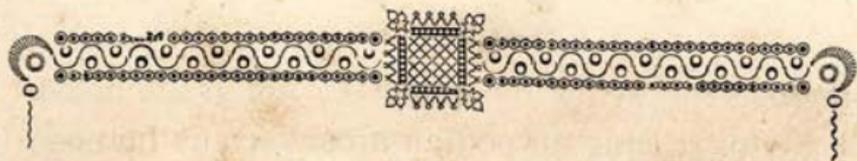
La Providencia castigó á aquel hombre, privándole de la razon.

Los pocos años que estuvo en la casa de locos, los pasó llamando «¡hijos míos!» á cuantos niños veia, y arrodillándose delante de todas las mujeres.









III

LA SEÑORA MARÍA

I.

Por allá, hácia la calle de la Encomienda, en una travesía estrecha, olvidada del concejal encargado del ramo de empedrados, alumbrada por un farol á media luz, como que por allí no pasaba nunca el concejal que *corria* con el alumbrado, habia, hace tiempo, bastante tiempo, una tiendecita, con puertas coloradas, y en la que se entraba abriendo media vidriera, porque la otra media correspondia á un escaparate donde se presentaba á la vista del público el género de que estaba surtido el modesto establecimiento. Los chicos de la calle se pasaban las horas muertas contemplando el escaparate, y admirando su contenido. y chu-

pándose los dedos de gusto, ó, mejor dicho, de disgusto, porque no podían alcanzar sus manos á donde alcanzaba su vista; pero alguna que otra vez salía á la puerta la señora María, y preguntaba á los chicos:—Pero, demonios, ¿qué haceis aqui todo el dia? ¿por qué no os vais á jugar á otra parte? Y los chicos la miraban, como diciendo:—Pero, señora, ¿por qué nos pregunta V. lo que sabe demasiado?—Y la señora María, con su benévola sonrisa, con su sonrisa de madre, entraba en la tienda y al momento salía con el delantal cogido por las puntas, como que allí traía lo que los chicos esperaban: estos empezaban á brincar en seguida delante de la señora María, y esta les repartía el contenido equitativamente, gozando ella mucho más que los mismos chicos, viendo con qué gusto se comían los pobres cosas tan buenas como las que se veían en el escaparate.

Figúrese el lector si los chicos podían decidirse á ir á jugar á otra parte, sabiendo que la señora María tenía tan buena y liberal costumbre.

Sin embargo, cuando veían venir por la callejuela, y luego entrar en casa de la señora María, un niño guapo, bien vestido, seguido de un criado, que le traía los libros, los chicos de la calle se iban á la acera de enfrente, se quitaban de enmedio, como vulgarmente se dice, porque sabían demasiado que al señorito, así le llamaban, no le

daba gusto verlos allí, y les solia llamar pillos y granujas. Y si hubiera sido otro, no se lo habria llamado muchas veces, porque le hubieran abierto la cabeza de un cantazo, que para ello eran muy abonados los favorecidos por la señora María, pero el señorito era nada ménos que el hijo de la mismísima señora María, y los chicos de la calle tenían demasiado apego y respeto, hasta cierto punto, á su generosa protectora, para querer incurrir en su enojo, que hubiera sido grande y trascendental, porque la señora María amaba entrañablemente á su hijo.

Aquella tiendecita, escondida en calle tan extraviada, era, sin embargo, famosísima en el barrio, y no habia quien no conociera á la señora María, que no podia salir á la calle, porque no daba un paso sin que le dijeran:—«Vaya V. con Dios, señora María;—salud, señora María;—señora María, que no haya novedad;»—y ella, es claro, tenia que contestar á todos estos saludos; y la mujer volvia á su casa, exclamando:

—¡Jesus! traigo la boca seca de tanto decir: «adios; que V. lo pase bien; vaya V. con la Virgen.»

La señora María tenia una reputacion muy fundada y justa de excelente mujer, que hacia muchas obras de caridad y siempre estaba dispuesta á dispensar un favor al vecino necesitado, á consolar á la esposa abandonada, á dar un consejo al marido que descuidaba sus deberes, y nun-

ca se supo de ella que hubiese reñido con nadie, ni de su boca salia jamás una de esas desvergüenzas que todo el dia estaba oyendo á otras mujeres de rompe y rasga, alguna de las cuales muchas veces quiso provocar á la señora María y *buscarla la lengua*, pero sin éxito, porque la señora María se pasaba de prudente; y no porque no tuviera su geniecito, sino porque, como ella decia, la que tiene casa abierta ha de estar bien con todo el mundo, y ha de hacer muchas veces la vista gorda y los oidos sordos para no chocar con persona alguna.

Pero todavía no he dicho qué tienda era la de la señora María.

Era una bollería, pero una bollería especial, donde no se vendia más que pan, bollos de todas clases, bartolillos, ensaimadas, roscones, y por San Antonio y San Sebastian, unos panecillos del Santo muy sabrosos, y por Todos los Santos unos buñuelos de viento que no los hacen mejores en la más lujosa y refinada pastelería; pero no se despachaba vino ni aguardiente, porque la señora María no queria camorras y belenes en su casa, y sabia que donde se sirven *chicos* y *medios chicos* de Arganda y copitas de bala rasa, por fuerza ha de haber sus más y sus ménos, y han de salir á relucir las navajas á lo mejor, y ha de frecuentar la tienda gente de mal vivir, que no da honra ni provecho y compromete el establecimiento; donde

no hay vino no suceden tales cosas, y la parroquia es de gente honrada, por lo regular, que paga lo que toma, y no se está de conversacion en la tienda, y ménos habla de política, que tambien la política se les sube á muchos á la cabeza, como el vino, y es origen de reyertas y las consiguientes bofetadas, ó navajazos, que casos se han visto de darse de puñaladas dos amigos que no tenian sobre qué caerse muertos, por si Espartero era un hombre de pelo en pecho, ó si lo era más Cabrera.

—Yo soy, decia la señora María, una mujer decente, aunque me esté mal el decirlo, y tengo bollería, y á mucha honra, pero no quiero tener taberna. Si no hubiera ninguna no se perderia nada.

Por esto, y la honradez proverbial de la señora María, era ésta apreciada y estimada por la buena gente del barrio; y además porque se sabia que allí todo era bueno, y habia mucho aseo, y no se hacian los bollos con mendrugos, y el pan no estaba falto de peso.

La señora María era viuda; su esposo, un hombre muy de bien, murió por hacer una obra de caridad; bajando á socorrer á un infeliz que se habia caido en un pozo, tuvo la desgracia de que, cuando ya el otro estaba en salvo y él iba á subir detrás, agarrado á la maroma, se rompiese ésta. Quedóle un hijo, en quien cifró toda su ventura, el mismo que llamaba *granujas* y *pillos* á los chi-

cos de la calle que pasaban el día delante del escaparate, esperando el reparto de bollos que solía hacer la señora María.

II.

La señora María era una hija del pueblo; no había tenido educación esmerada, pero Dios le había concedido un privilegiado instinto y un corazón de oro. Todos los buenos sentimientos, todas las virtudes, todos los nobles impulsos los poseía la excelente mujer, que, habiendo sido hija ejemplar y esposa virtuosísima, era también madre amorosa, y en su hijo cifraba todo su orgullo, toda su ventura.

Para su hijo todo le parecía poco.

Cuando el niño era un mamon, no había en Madrid otro alguno con tanto gusto y tanta riqueza vestido; finísimos encajes de Bruselas, batista de subido precio, terciopelo, seda, dijes de oro, gorritos que valían un dineral, todo esto le ponía la excelente madre á su hijo, deseosa de que todo el mundo fijase en él la atención y admirase tanto lujo.

El marido de la buena mujer, que la amaba mucho, le dejaba hacer y pagaba con gusto la lo-

cura de su esposa, porque verdaderamente era una locura aquella exageracion del lujo. Por fortuna, el bollero era muy rico, y no tenia necesidad de contrariar á su mujer en su disculpable vanidad de madre.

—¡Jesus, María y José! le decia una amiga, al ver al chico tan elegante, tu hijo parece un príncipe.

—¿De veras? Pues aún no parece lo que es.

—Pues, ¿qué es tu hijo?...

—Rey; figúrate tú si le estará mal ese lujo. Hasta que le saque á la calle con corona y manto... añadia jovialmente.

Fué el niño creciendo, y continuó la madre en su costumbre de vestirle con una riqueza extraordinaria, que, á la verdad, sentábale á las mil maravillas, porque era el niño de lo más bonito que es posible imaginar.

Tres ó cuatro años, el dia de la procesion de Minerva de San Lorenzo, le llevó su madre vestido de angelito, y el director de la procesion se creyó en el caso de evitar que el niño fuese robado en la carrera, pues las alhajas que llevaba encima forzosamente habian de excitar grandemente la codicia de tantos aficionados á lo ajeno, como suelen concurrir allí donde hay gran gentio, y por consiguiente, más *fácil facilidad* de ejercer su industria. Y el niño era llevado de la mano por su madre, y al lado dos granaderos de los de la es-

colta, cuya consigna era no perder de vista á la criatura.

Y en aquella época, la gente del barrio, en cuanto llegaba la tarde de la solemne procesion, se echaba á la calle con el afan de ver *cómo iba* el hijo de la bollera, y en muchos dias no se hablaba de otra cosa que del lujo del muchacho, desde la plaza del Progreso al portillo de Gilimon. Y esta era una satisfaccion inmensa para la venturosa madre.

En el mejor colegio de Madrid aprendió el lindo Teodoro á leer y escribir, y la señora María pagaba al maestro mucho más de lo que éste tenia establecido, porque así se figuraba, sin duda, la buena mujer que enseñaria mejor á su hijo. Y no aprendió poco el chico, que no tenia nada de torpe, mas al mismo tiempo que empezaba á ilustrarse, comenzaba á desarrollarse en él un gravísimo defecto, el de la vanidad. No tenia el muchacho la culpa, sino la señora María, que, ciega por su amor de madre, habia sido la causa principal de que su hijo se creyera superior á los demás.

La mejor habitacion de la casa, la más elegantemente puesta, era la de Teodorito; un criado le acompañaba y le servia; su traje era siempre irreprochable, y tenia muchos más de los que necesitaba: desde que llegó á los diez años tenia reloj magnífico, de gran precio, y la constante preocu-

pacion de la entusiasta madre era imaginar sorpresas agradables, delicados obsequios para su hijo.

No comprendia la sencilla mujer que así no hacia otra cosa que alimentar la vanidad de su hijo.

—Mi hijo, decia, ha de ser el primero en todo; todo el dinero que mi marido nos dejó ha de ser para él, y poco he de poder ó he de lograr que sea un hombre que ninguno le aventaje. Dicen que aquí, para ser todo lo que hay que ser, es preciso ser abogado. Pues mi hijo ha de ser abogado, y si Dios me da salud le he de ver ministro, y se ha de casar con la más bonita y la más rica de Madrid. Su padre trabajó mientras vivi6, y yo trabajo ahora para él, para que él no necesite á nadie, y no tenga necesidad de ser bollero. ¡No faltaba más sino que no tuviera otro porvenir mi hijo!

Los chicos de la calle habian calificado perfectamente al hijo de la señora María, llamándole el señorito, y fueron tambien los primeros en notar su vanidad. Por eso, no se permitian bromas con él y se mantenian á respetuosa distancia cuando le veian, así como en cuanto veian á su madre se acercaban y la rodeaban, confiados y agradecidos, como los polluelos se acercan á un bienhechor conocido que les reparte con amor migas de pan.

III.

La señora María no cabia en sí de puro gozo.

Ya estaba su hijo en la Universidad, estudiando Derecho, y en camino, por consiguiente, de ser ministro; ya era un apuesto jóven, un hombre, que sabia más que Brijan, y reprendia á su madre, con gran gusto de ésta, cuando le oia decir *haiga ó diferencia*; ya iba á la Fuente Castellana, jinete sobre magnífico alazan, y ya tenia abono, con otros amigos, en un palco del teatro Real.

—No hay mejor mozo que mi hijo, decia la señora María, no hay quien se presente como él; á ver, que vayan luego diciendo que un hijo del pueblo no puede tener elegancia, distincion y todas esas cosas de la gente de tono. Y en cuanto mi hijo acabe la carrera le pondré coche con dos caballos, que para eso hemos estado sus padres vendiendo bollos toda la vida.

Y vean Vds. lo que son las cosas, y lo que es criar mal á los hijos; aquello mismo que consideraba un gran mérito la señora María, lo consideraba muy de otro modo su hijo. Estaba la bollera muy ufana de haber hecho honradamente tanto

dinero vendiendo bollos, y Teodoro no tenia otro pesar que el de su origen. Para un hombre de sus pretensiones era una gran desgracia ser hijo de un bollero. Aborrecia los bollos, pero le gustaba mucho el dinero que habian producido y producian los bollos. Y tanto aborrecia los bollos, que no queria verlos, y siempre que entraba en su casa ó salia, salia ó entraba por el portal, no queriendo pasar por delante de aquel vetusto mostrador lleno de bollos de todas clases, humeando todavía, como acabaditos de salir del horno. Cuando tenia que dar las señas de su casa, decia: «Calle Tal, número tantos, principal;» omitiendo siempre nombrar la famosa bollería á la que debia toda su fortuna.

Pero llegó dia en que el aprendiz de jurisconsulto creyó que tampoco estaba bien que tan ilustre persona como él viviese en una callejuela excéntrica, en un barrio de gente pobre y trabajadora, y en una casa de tan modesta apariencia, con el portal empedrado y sin portero, y la escalera alumbrada por una candileja, luciendo delante de una imágen de San Antonio bendito, y propuso á su madre la traslacion á mejor sitio.

—¿Mejor sitio que este, donde hemos hecho nuestra fortuna? preguntó con asombro la señora María.

—Sí, pero esta casa tan vieja...

—En esta casa vivieron los padres y los abuelos de tu padre, aquí me casé yo, aquí murió tu padre, aquí naciste tú.

—Pero, mamá, por eso no se ha de vivir en las casas eternamente.

—Pues, hijo, yo en todo quiero siempre darte gusto, pero nunca me atreveré á dejar esta casa. Aquí todos nos quieren, todos nos ayudan á enriquecernos...

—Pero ¿V. piensa tener toda la vida esa... tienda?

—¿La bollería?... Pues ya lo creo. Parece que lo dices de una manera...

—Sí, mamá, sí; lo digo de esa manera, porque creo que ya debíamos prescindir de... ese comercio...

—¿Dejar la bollería?...

—Ya somos ricos.

—Y ¿por qué no lo hemos de ser más, si podemos lograrlo sin perjuicio de nadie, á satisfaccion de todo el mundo?... Pues hazte cuenta de que si yo quiero continuar con la bollería es por tí solito...

—Pues por mí...

—Hijo mio, me da pena oírte, porque ó no sé lo que me digo, ó no te entiendo, ó tú desprecias el trabajo de tu padre y el constante afán de tu madre por aumentar el caudal para tí.

—No, señora, eso no; pero mi posición... pron-

to seré abogado, adquiriré gran número de relaciones entre personas importantes...

—Sí, sí, tendrás razon; yo seré una tonta, pero, ¿qué quieres?... no me decido á abandonar esta casa, y ménos á dejar este honrado modo de vivir. Te confieso que no creí que tú habias de tener esas ideas, y que hoy me has dado una pena muy grande, muy grande.

La pobre madre, que tanto habia hecho por su hijo, empezaba ya á sentir los pesares que su hijo le daba en pago de sus desvelos.

Teodoro no volvió á hablar de sus vivos deseos de salir de aquella calle y de aquel barrio; pero su madre, con el instinto que tienen las madres, comprendió que en aquel silencio, en aquella conformidad de su hijo habia algun misterio. Pasaba la mayor parte del dia fuera de casa; faltaba muchas veces á la hora de la comida, y cada semana dejaba de venir algunas noches. Estas ausencias nocturnas las supo la señora María por una criada á quien despidió. La doméstica, queriendo dar en aquella circunstancia un disgusto á la que le habia favorecido, le contó que el señorito no venia de noche á casa, ó cuando venia, se iba apenas se recogia su madre.

La señora María sintió agudísimo dolor, que ya no pudo tener duda de que su hijo cometia una mala accion, procurando estar el ménos tiempo posible al lado de la que le habia dado el ser. Pero

quiso saberlo todo, y comisionó á persona que siguiera un dia á su hijo.

Este no conocia á la persona encargada por su madre de seguirle. Teodoro salió una mañana de su casa y se dirigió á la Carrera de San Jerónimo, y entró en una casa de buena apariencia, donde luego entraron algunos otros jóvenes, y tres horas despues salieron los que habian entrado, y Teodoro con ellos.

El espía llegóse á la porteria de la casa, y se paró delante del portero, que estaba leyendo un periódico:

—¿Qué quiere V.?... ¿A dónde va V.? le preguntó el portero.

—Voy al cuarto de donde han bajado ahora esos jóvenes que acaban de salir.

—¡Ah! á casa de D. Teodoro .. Es inútil; no hay nadie.

—Entonces no subo. ¿Es el segundo piso?...

—No, señor, el entresuelo; pero á V., ¿qué le importa? añadió el portero sospechando algo.

—Nada, hombre, nada, ya me voy.

Volvió el emisario á la bollería, y dió á la señora María la noticia de que su hijo vivia nada ménos que en la Carrera de San Jerónimo, en un cuarto entresuelo de una casa de gran apariencia.

Ya no habia duda. Teodoro se avergonzabâ de vivir en la casa donde murió su honradísimo padre, donde habia nacido él.

La señora María se sintió herida en el corazón por aquel ultraje, por aquella monstruosa ingratitud, y acabó de comprender el funesto error de su amor maternal, que había hecho á su hijo vano, soberbio y criminal; que un crimen era pagar con tan negra perfidia el amoroso desvelo, los tiernos cuidados, el cariño inmenso de su madre.

IV.

Teodoro tenía muy buen gusto, eso sí; el cuartito que había tomado en la Carrera de San Jerónimo era la *chambre de garçon* más bonita que se puede imaginar, y la había amueblado con mucho gusto. Había allí cómodos divanes, un velador de mármol muy lindo, estatuillas de diosas mitológicas, sobre la cómoda, un álbum de señoras hasta cierto punto, algunos libros en francés sobre el escritorio; en las paredes cuadros de cromos alemanes, representando mujeres desnudas, buenos tipos, en verdad, y que á lo ménos demostraban que al dueño de la casa le gustaba lo bello, y en el testero de la salida se veía un trofeo hecho con dos tajantes y punzantes sables de duelo, unas tremendas manoplas, una daga y dos pistolas, objetos de gran estima, sin duda, pero que no eran los más propios para un abogado, que simboliza

la razon, y de ningun modo la fuerza. Allí vivia Teodoro, allí le iban á buscar sus amigos, jóvenes todos de la mejor sociedad, alguno de los cuales sabia ya algo de lo mucho que Teodoro tenia que ver con la bollería, pero se lo callaba prudentemente, por no perder la amistad de quien era en extremo pródigo y liberal con sus amigos, y daba buenos almuerzos y mejores cenas.

Para esto servia el dinero con tanto trabajo ganado por sus padres.

Una noche, la señora María se armó de energia y se propuso ir á sorprender á Teodoro en su casa de la Carrera de San Jerónimo. La amorosa madre salió de su casa temblando, como si fuera á cometer una mala accion, y temblando llegó á la casa. Allí dudó; pasó á la acera de enfrente y miró á los balcones del entresuelo. Era verano y los balcones estaban abiertos. Su hijo no estaba solo; habia con él cinco ó seis personas, que pasaban por delante de los balcones, y alguna se asomaba un momento, y el mismo Teodoro estuvo un rato recostado en el balcon y hablando con los de dentro.

La señora María no sabia qué hacer. ¿Llamaria á su hijo desde la calle?... ¿Subiria á su habitacion?...

—Sí, subiré, se decia; subiré y entraré, y delante de sus mismos amigos le reprenderé su falta, para que sepan quién es su madre, para que

ya no pueda negar en ninguna parte que es el hijo del bollero. ¡Dios mio! yo no podía imaginar nunca llegar á verme en este trance.

En la casa entraron unos camareros de fonda, y la señora María vió que entraban luego en la salita del entresuelo y disponian la mesa.

—Va á cenar con sus amigos, decia la infeliz madre, miéntras yo sufro un tormento, una angustia... Todos me llamaban, y yo me creia, la madre más dichosa del mundo; ahora soy la más desgraciada, la más triste de todas... No, no; la más triste, no, porque mi hijo vive... Pero no he de ser madraza, como he sido hasta ahora. Ahora mismo voy á decirle delante de todos:—Mal hijo, ¿estás aquí más honrado que en casa de tu madre?

Y la señora María se dirigió otra vez al portal, y muy decidida entró, cubriéndose con el velo de la mantilla.

—¿A dónde va V., señora?... le preguntó el portero.

—Arriba.

—Lo creo, porque aquí no hay cueva y no se puede ir abajo; pero, ¿á qué cuarto?...

—Al entresuelo.

—Vamos, ya me hago cargo.

—¿No vive en el entresuelo D. Teodoro Gomez?...

—Sí, señora, sí, ahí vive; suba V., que yo... como si tal cosa.

—¡Dios mio!...

—Señora, ¿qué le pasa á V.?... preguntó el portero, asombrado de la exclamacion de la señora María. Parece que viene V. muy desconsolada.

—Mucho; sí, señor.

—Pues, hija, arriba están muy divertidos, y por las señas van á cenar en grande. Eso sí, don Teodoro sabe gastar el dinero. Algo de la cena me tocará á mí, porque siempre me llama el señorito para que recoja lo que sobre. Así dejen esta noche riñones con tomate, que nunca se me logra comerlos, y tengo unas ganas de un plato de ellos... Desde que murió mi mujer no los he vuelto á oler.

—Tome V. un duro para que los coma V.

—¡Jesus! señora, ¿para qué se va V. á incomodar?... V. perdone, pero cuando entró V. no me figuraba que V. pudiera dar duros á nadie.

—¿Qué creía V.?...

—Francamente, creí que era V... vamos.. alguna mujer, alguna de esas... aunque me esté mal el decirlo...

—¿Vienen aquí mujeres tambien?...

—Le diré á V., aquí viene de toda clase de personas; en el segundo vive un médico, y en el tercero un prestamista... con que, digo, ¡si vendrá aquí gente al cabo del dia!

—Digo si vienen mujeres al entresuelo.

—Diré á V., lo que es al entresuelo, mayormente... yo estoy siempre en mis faenas... y á veces se me pasa la gente sin sentir... Pero alguna vendrá, digo yo... Suba V., señora, suba V., que yo no entro ni salgo, y muchas gracias por el duro. Suba V. cuando guste, entresuelo de la derecha.

—No, no subo, murmuró la señora María, sollozando, y salió de la casa, dejando al portero lleno de confusiones, y diciendo:

—Aquí hay gato, no tiene remedio, hay gato, y gordo; pero, en fin, también hay un duro que me viene de perilla... Con que, *haiga* lo que *haiga* á mí no me importa, con tal de que este duro no sea el último...

Y la pobre mujer se volvió á su casa, pensando que era una imprudencia intentar ver á su hijo delante de sus amigos.

—No me atrevo, no, pensaba; tengo miedo de perder enteramente el amor de mi hijo; acaso le habria irritado mi presencia en esa casa... acaso, no lo quiero pensar, me hubiera faltado al respeto... ó ¿quién sabe si algun amigo suyo se hubiese propasado, y mi hijo, por defenderme?... No, no, vale más que en casa le hable yo, le reprenda por su mal proceder, por su falta de franqueza. ¡Hijo mio! tiene disculpa: él sabe mucho, ha estudiado, es abogado... como él dice, necesita alternar con otra clase de gentes, tener amigos, hacerse per-

sona visible... ¿Qué entiendo yo de eso?... Y luego no me debo quejar, porque yo misma soy la que ha querido que sea un caballero, un hombre de valer en el mundo. Seria un disparate querer que fuera todo eso y tenerle sujeto en la bolleria. ¡Ay! ¡Jesús, yo no sé lo que tengo!... quiero tranquilizarme, y no puedo; quiero disculpar á mi hijo, y casi siento ya no haber entrado en esa casa á descubrir su ingratitud. ¡Dios mio! si no me quiere mi hijo, ¡qué desgraciada voy á ser!...

Cuando salió Teodoro con sus compañeros, despues de la cena, el portero se le acercó.

—Señorito, le dijo en voz baja.

—¿Qué?

—Ha estado aquí una señora á buscar á V.

—¿Una señora?...

—Y de rumbo. Me ha dado un duro, y estaba muy triste. Si llega á estar alegre, no sé lo que me hubiera dado.

—¿Y qué le ha dicho á V.?

—Nada: si venian aquí mujeres.

—¿Y qué señas tenia?...

—En cuanto á eso, no he podido ver más señas que el duro. Ella debe ser persona de mucho viso.

—Si vuelve, procure V. enterarse, y le daré á V. cinco duros si me averigua quién es.

—¿Y si no vuelve?

—Si no vuelve, no le daré á V. nada.

La señora María habló con su hijo, dióle amorosísimamente sus fundadas quejas, lloró mucho, y en lugar de la severidad con que se proponía reprenderle, casi le rogó con la mayor ternura: quien hubiera oído la conversacion entre la madre y el hijo, no habria creído seguramente que éste era el culpado.

Teodoro, era de esperar, convenció á su madre; la persuadió de que, en su posicion, no le era posible vivir en la casa paterna, y quedó acordado que seguiria viviendo en el entresuelo de la Carrera de San Jerónimo, bien que todos los dias habia de ir á recibir un beso de su madre.

Quiso Teodoro volver á indicar á su madre la conveniencia de que cerrase la bollería, pero á esto se opuso enérgicamente la señora Maria.

—Hijo mio, le dijo, tú gastas mucho y seria una imprudencia privarnos de ese recurso, base y fundamento de nuestra fortuna. Yo no tengo necesidad de alternar, como tú, con personas de muchas campanillas; en mí no está mal visto, sino todo lo contrario, que esté detrás del mostrador;

déjame, pues, seguir trabajando para aumentar honradamente tu caudal. No quieras alejarme de esa tienda que tiene tan gratos recuerdos para mí, donde tu padre pasó casi toda su vida, donde recuerdo mis dulces amores, tu dichosa infancia. Sé tú un gran caballero, gasta, haz gran papel en el mundo, y quédeme yo en mi bollería, sola, pensando en tí siempre y rogando á Dios porque seas feliz.

¿Puede haber más desinteresado amor, mayor resignacion, consideracion más grande?

Teodoro vió con esto autorizada, sancionada, digámoslo así, su miserable vanidad por su madre misma.

La señora María adoraba en Teodoro, le respetaba como si fuera superior á ella, admiraba su sabiduría, y los mayores absurdos eran en boca de su hijo verdades innegables y sentencias infalibles.

Teodoro se hizo doctor. En el magnífico Paraninfo de la Universidad Central se verificó con gran pompa la solemne ceremonia, siendo apadrinado aquél por un ex-ministro nada ménos, y asistiendo lucidísimo concurso, y la orquesta del Teatro Real, y el mismísimo Lhardy, que dirigió personalmente el *buffet*.

La señora María quiso asistir tambien.

—Me parece, dijo á Teodoro, que tu madre debe tener alguna participacion en esa fiesta.

Digo, creo yo que si tú eres allí la persona principal, yo también tengo allí mi papel... es decir, que está en el orden que asista á eso de tomar tú la borla, como dices, ó lo que sea lo que vas á tomar...

—Bien; pero, mire V., mamá, allí van á ir muchas personas muy principales...

—Creo que no serán para tí más principales que yo.

—Bien; pero digo que no ha de ir V. á hacer alguna cosa que extrañe...

—¿Yo?... lo que haré en tomando tú la borla, será darte mil besos y mil abrazos delante de todo el mundo...

—Eso es, ya sabía yo que se le ocurriría á usted una cosa así, extravagante... No daríamos poco que reir...

—Pues, oye, ¿qué gente es esa que se reirá de que una madre abraza y bese á su hijo?...

—Mamá, esas expansiones no son para delante de gente; eso se hace con un chiquillo, pero no con un hombre.

—Soy tu madre.

—Ya lo sé, pero... en fin, V. no debería ir.

—¿Por qué?

—Porque no va V. á poderse contener.

—Picaro; bien sabes lo que te quiero, que conoces que no he de poder contenerme.

—Y va á ser un paso cómico muy ridículo.

—Hijo mio, es fuerte cosa que todo lo que hace ó imagina tu madre te parezca ridículo. Ea, no iré, si no quieres...

—Eso seria lo más acertado.

—¡Dios mio! ¡que oiga esto una madre que tanto quiere á su hijo!...

—¿No dice V. misma que no se podrá contener?

—Sí, hijo, sí, me dominaré; puesto que te habrán de mortificar mis caricias, no te abrazaré, no te besaré, no diré á nadie que eres mi hijo, y allí me estaré muy calladita en un rincon, lo mismo que si no te conociera, ni siquiera te hubiese visto en mi vida. ¿Te conviene así?

—Es preciso que comprenda V. la razon: hay ciertas conveniencias sociales...

—Bueno, bueno; no me lo expliques, porque al fin y al cabo ya sabes que te daré la razon y haré lo que tú quieras.

En efecto, la señora Maria, con su traje de seda, que no le sacaba desde la época en que llevaba á Teodoro á la procesion vestido de angelito, con su mantilla de espesísimo velo, fué al Paraninfo de la Universidad, y allí estuvo oyendo los piropos que echó el padrino al graduando, y el ampuloso discurso de éste, en el que encarecia grandemente el amor de la familia, el respeto filial, y sublimaba á las madres, é increpaba con enérgica indignacion á los hijos ingratos, á quienes consideraba

capaces de todos los más horrorosos crímenes. La señora María no sabia lo que le pasaba, y hacia esfuerzos increíbles para no gritar, bendiciendo á su hijo en aquel punto; pero habia prometido no darse á conocer, no hacer un movimiento ni pronunciar una palabra, y lo cumpliria aunque muriera.

Cuando terminó el acto solemne, la señora María, cubriéndose el rostro con el tupido velo, salió vacilante, ahogando sus sollozos, que ya no contuvo al verse en la calle. Su misma felicidad era triste y penosa, tenia que ocultarla como una falta. Tan grande fué la emocion de la señora María, tal la violencia que tuvo que hacerse para contener su alegría en los prudentes límites que Teodero le habia señalado, que cayó enferma la buena mujer, víctima de un ataque cerebral, que fué milagro no acabase con su existencia. Quedó la pobre, sin embargo, tan quebrantada de salud, que los médicos dijeron unánimes que cualquier disgusto, una emocion fuerte, reproduciria el ataque, y entónces serian inútiles todos los remedios de la ciencia.

—Conozco, decia la ingenua señora María, que se me ha echado á perder la cabeza, y es que cavilo tanto... me hace pensar tanto mi hijo... porque yo no sé cómo expresarlo, pero, vamos, me habia figurado que el cariño de un hijo á su madre seria otra cosa... de otra manera... Y es inútil

que hable de esto con mi hijo, porque... al fin le tengo que dar la razon; pero me quedo con la misma pena de siempre, y sigo cavilando, cavilando, y parece que me voy á volver loca.

VI.

Teodoro, desde que su madre se restableció, ya no iba todos los dias á verla; iba solamente cada tres ó cuatro, y á veces se le pasaban semanas enteras.

Ya se ve, tenia tanto que hacer...

Todas las tardes iba á la Fuente Castellana, á caballo, ó en su elegante *victoria*, y no habia de ir en coche á aquella calle tan excéntrica. ¿Qué hubieran dicho el lacayo y el cochero si hubiese ido su amo á la bollería?... Ellos no sabian que el señor era hijo de un bollero; acaso se figuraban que era un príncipe de la sangre.

Por las noches, las reuniones, el Casino, los teatros reclamaban su presencia, y por las mañanas... para él no habia mañanas, porque se acostaba de madrugada y no se levantaba hasta la tarde.

Pero si no veia á su madre todos los dias, veia á sus amigos, que le esplotaban bravamente, fre-

cuentaba casas del gran tono, y sobre todo visitaba á la condesa viuda de Clavoagudo, principalísima señora, que tenia una hija que brillaba sin rival en los salones más elegantes de Madrid por su peregrina belleza, por su talento y su distincion.

La condesa y su hija pertenecian á la más antigua aristocracia; las crónicas más remotas están llenas de hechos notables de bizarría y nobleza de los Clavoagudos, y entre los recuerdos que conservaba de sus ascendientes en su casa la condesa, habia un par de centenares de retratos de familia, que, viéndolos, le daban á cualquier plebeyo ganas de ponerse de rodillas, pidiendo por Dios y por todos los santos que no mandasen cortarle la cabeza ó colgarle en una almena. Teodoro se entusiasmó con aquella coleccion de abuelos, y soñó ser un dia conde de Clavoagudo, que siendo él marido de la niña, que habia de ser condesa, era cosa de clavo pasado conseguir tanta ventura y tanto honor.

Clara, que así se llamaba la nieta de aquellas tremendas figuras, desdeñó á Teodoro durante algun tiempo, y le dió más disgustos que dieron al mundo sus ilustres abuelos, con lo cual empeñó más y más el amor propio del apuesto doctor en la amorosa empresa. Esta conquista le trajo á mal traer largo tiempo; que era Clara tan hermosa y tan solicitada por todos, y tal fama tenia de

desdeñosa é invencible, que quien lograra ablandar su corazon habia de alcanzar imperecedera gloria en el mundo elegante de la corte.

Teodoro procuró deslumbrar con su lujo á la condesa y á su hija, y al fin consiguió que se alabase su elegancia y se reconociera en él buen gusto y verdadera distincion, y se le recibiera como á un amigo predilecto; pero todavía tuvo que hacer grandes pruebas y sufrir muchos desdenes ántes de lograr el suspirado *sí*.

Al fin pudo cantar victoria, obteniendo el apetecido monosílabo de aquella divina boca, y se consideró el más feliz de los hombres, aunque, desde que la hija le puso mejor cara, se la puso peor la madre, y áun se le figuró que los implacables señores de horca y cuchillo, que constituian el mejor adorno del salon de la condesa, le miraban con pronunciado fruncimiento de cejas

Teodoro fué un día á casa de su madre.

—Mamá, le dijo, hoy tenemos que hablar muy seriamente: se trata de mi porvenir, de mi felicidad.

—¿Te han hecho ya ministro, hijo?

—No, señora, es mejor que eso. Amo á una mujer.

—¡Ay, Dios mio!

—¿Por qué esa exclamacion?

—¿Cuál otra mejor que el nombre de Dios? Perdóname, hijo, pero la noticia que me traes es

triste, porque vienes á decirme que amas á otra más que á mí.

—No quiero decir eso.

—No, si no te reprendo; es natural que quieras á una mujer, pero las madres, yo creo que á todas les sucederá lo mismo, siempre sentimos pena cuando un hijo se casa... Supongo que tú querrás casarte.

—Sí.

—Pues, hijo mio, sé feliz

—Decia á V. que teníamos que hablar seriamente. Acaso va V. á disgustarse mucho.

—No, por cierto.

—La elegida de mi corazon es la primera en hermosura y en nobleza.

—Eso prueba que tienes buen gusto.

—Es hija de la condesa de Clavoagudo.

—Pícaro, condesa y todo la has buscado.

—Su madre no creo que ve con buenos ojos mis relaciones con Clara, porque es una señora muy preciada de sus timbres de nobleza, y acaso habria querido enlazar á su hija con algun titulo.

—Pues eso... tú pensarás si te conviene que el matrimonio se haga á disgusto de esa señora.

—Por eso digo que de V. depende toda mi felicidad.

—No entiendo bien...

—En una palabra, si V. continúa con este comercio, vendiendo bollos en esa tienda...

—Ahora sí que te comprendo.

—Es preciso, mamá. ¿Cómo quiere V. que sea yo marido de una descendiente de los Clavoaguados, y tenga á mi madre vendiendo bollos?... Si usted no renuncia á ese empeño, es imposible mi casamiento, y será un sueño mi felicidad. Lo conveniente es realizar lo que tenemos, cerrar esa dichosa tienda. ¿Qué me dice V.?...

—¿Qué te he de decir? Dices que se trata de tu felicidad... A ese argumento no tiene nada que oponer tu madre. Por tu felicidad no hay sacrificio que yo no esté dispuesta á hacer. Cerraré la tienda. ¿Estás contento?...

—¡Oh! sí, señora, y lo agradezco á V. mucho.

—Pero nó por eso dejarás de ser el hijo del bollero y de la bollera, y yo seré la bollera mientras viva. Piénsalo bien; si entónces no te dicen que tu madre tiene bollería, te podrán decir que la tuvo, y será lo mismo, y te lo dirán con muchísima razon. En fin, sea lo que Dios quiera. Mañana mismo anuncio el traspaso de la bollería.

—Traspasarla no.

—Hijo, nos puede producir una buena cantidad, para que le hagas un gran regalo á la novia.

—No, no; vale más cerrarla.

—Como quieras. A todo estoy resignada por complacerte. La realizacion pronto se hace; con no encender hoy el horno, mañana no habrá nada que vender: ya sabes que aquí todo se vende en

el día. Es decir, no cerraré mañana, porque está en el orden que me despida de mis parroquianos; cerraré pasado mañana.

Cuando su hijo se marchó, cumplido ya su deseo, la señora María rompió á llorar con el mayor desconsuelo, y exclamó:

—No me debo quejar, no; mi hijo es lo que yo le he hecho.

Pronto cundió por el barrio el día siguiente la trascendental infausta noticia de que se iba á cerrar la bollería de la señora María, y hubo personas que fueron allí á pedir explicaciones á la interesada, quien se limitó á decir que estaba enferma, y no podía más con aquel trajin.

—¿Y dónde vamos á comprar los bollos?...

—Yo no puedo tomar el chocolate con ensaimadas de otra parte.

—Señora, es una ingratitud cerrar la tienda, cuando hasta mis abuelos compraban aquí los bollos, en tiempo de Carlos IV.

—Es una mala partida.

—¿Cómo va V. á poder vivir sin vender bollos?...

—Pues yo no vuelvo á comer bollos, porque de ninguna bollería se pueden tomar con la *satisfacion* que los de V.

De este modo decían los parroquianos á la señora María, reconviniéndola por su loca determinacion, y haciendo mayor acopio que de ordi-

nario, por ser aquel el postrero día en que se podían comer tan ricas y delicadas pastas.

Y el siguiente no se abrió la tienda.

Y cuando llegó la tarde, y vinieron los chicos de la calle, como todos los días, á esperar que la señora María saliera á hacer el reparto, habían ustedes de haber visto las caras que pusieron los muchachos, y cómo se miraban unos á otros aterrorizados bajo el peso de aquel tremendo acontecimiento. Allí, delante de las puertas coloradas de la bollería, permanecieron largo tiempo tristes, cariacontecidos, haciendo los más siniestros comentarios acerca de las causas que podían haber motivado el trágico suceso.

—¡Si se habrá muerto la señora María! exclamó el que más discurría entre ellos. Yo voy á verlo.

Y subió bravamente la escalera, y llamó en el piso principal.

—¿Qué quieres, niño?... le preguntó la misma señora María.

—¡Ah! ¿no se ha muerto V.?

—Pues qué, ¿creías?...

—Como está cerrada la tienda, todos los chicos hemos creído que le había sucedido á V. algo... y yo he subido á ver si se había V. muerto, y si se le ofrecía alguna cosa...

—¡Pobres niños!... Subid todos, subid.

Y ántes de un segundo, todos los chicos de la

calle invadieron el cuarto de la señora María, y á todos les dió ropa de Teodoro, de cuando era niño, y juguetes, y libros infantiles, y una pesetita por barba, y un beso á cada cual.

Y los chicos salieron muy satisfechos de la señora María, pero no se consolaron en mucho tiempo del inesperado fin de la bollería, cuya buena memoria todavía dura en el barrio, donde frecuentemente se oye decir:

—No hay que darle vueltas; bollos como los que se hacían en casa de la señora María, no se han vuelto á comer en Madrid.

VII.

La condesa de Clavoagudo quería casar á su hija con el heredero de una ilustre casa, con el que pudiera firmar con mayor número de apellidos, con un verdadero aristócrata antiguo; pero hubo una gran dificultad para realizar este propósito; que ningun noble de esas altas condiciones se presentó á pedir la mano de la niña, porque entre las familias de la nobleza corria de largo tiempo la noticia de que la condesa de Clavoagudo no tenia otra cosa que trampas, gracias á una dinastía de administradores de sus bienes, que habían procu-

rado por sí mismos, á costa de la pobre señora, que no habia de ir á meterse en esas pequeñeces de tomar cuentas y vigilar las operaciones de la administracion. Además, la hija de la condesa era capaz de acabar con la más saneada fortuna, y dió muy buena cuenta de la que tenia. La excesiva vanidad de la noble y hermosa jóven necesitaba ser alimentada con muchísimo dinero.

La situacion era, pues, muy apurada para las señoras de Clavoagudo, y no se presentaba un marido para su remedio.

En estas circunstancias se presentó el hijo del bollero, que era muy rico, y tenia fama de serlo mucho más de lo que era realmente. La condesa y su hija comprendieron que era Teodoro un buen partido, pero debian hacer de modo que no pudiera sospechar ni remotamente que su fortuna era la que se codiciaba, y de aquí los desdenes que tuvo que sufrir de la hermosa Clara, y las malas caras, todas diferentes, que en unos cuantos meses tuvo el gusto de ver en la linajuda condesa de Clavoagudo. Quería además esta ilustre señora para su hija un esposo sumiso, obediente, humilde, y á este fin comenzó á educar al pretendiente de la niña, haciéndole sentir todo el peso de su superioridad. Si su hija hacia el sacrificio de casarse con un hombre inferior, como era Teodoro, habia de ser con alguna compensacion, habia de tener mucho dinero y resignarse á ser un

cero á la izquierda de su mujer y de su suegra. Y no era mucho sacrificio para pagar debidamente el que hacian ellas emparentando con un hombre oscuro, que se llamaba Gomez y Gomez, y que no podia presentar una larga série de abuelos del calibre de aquellos que en el salon de la condesa recordaban las glorias de la familia.

Todo salió á medida del deseo de la terrible condesa: Teodoro fué el amante más rendido y más humilde, y la condesa no tuvo más remedio quo conmoverse al ver los mimos que le hacia el presunto yerno, la humildad con que en todo la obedecia, la veneracion con que la miraba, procurando adivinar sus pensamientos, y al fin desarrugó el ceño la elevada señora, que no levantaba tres cuartas del suelo, y se manifestó dispuesta á olvidarse de sus abuelos, á descender de su altura, á conceder, en fin, la mano de su hija al hijo del bollero.

El dia que la mamá le dió el *sí*, era dia de misa de precepto. La condesa y su hija iban á oirla en San Sebastian, iglesia inmediata á la casa en que vivian.

—Tendré un placer en acompañar á Vds. á misa, si me lo permiten, dijo Teodoro á la condesa.

—Sí, sí; venga V. á misa, y dé V. gracias á Dios por haber logrado su deseo.

—Así lo haré.



Ya hacia años que no oia misa el descendiente de una gloriosa dinastía de bolleros.

Poco despues entraban en la iglesia la hermosa Clara, su madre y Teodoro. Este daba el brazo á la excelentísima señora, y en las manos llevaba el devocionario de la condesa y la sombrilla de la misma, y todo con mucho cuidado y atencion.

Al pasar, para entrar en la capilla donde iba á celebrarse la misa, Teodoro sintió que le tocaban el brazo.

Era su madre, la señora María, que le saludó con una mirada llena de amor y de ternura.

Teodoro miró á su madre, pero no le dijo:— ¡Adios, madre mia!

Y pasó llevando á la condesa con el mayor mimo y la más delicada consideracion.

La señora María se echó el velo sobre los ojos para que nadie la viera llorar. Y oyó la misa, prostrada en tierra, llorando, pidiendo á Dios por su hijo, y sin atreverse á mirar á éste, temerosa de que Teodoro volviera los ojos á otro lado.

Cuando acabó la misa, la señora María salió apresuradamente ántes que su hijo, porque no quiso que éste volviera á cometer allí, en el templo del Señor, en la casa del amor de Dios y la humildad cristiana, el crimen de no saludar á su madre.

VIII.

Ya no faltaba más que un mes para la boda de Clara de Clavoagudo y Teodoro, que no cabia en sí de gozo, pensando que iba á quedar satisfecha por completo su vanidad. Él, hijo del bollero, iba á ingresar en la más alta aristocracia.

El jóven doctor fué á dar la buena nueva á su madre, que ni una palabra le dijo acerca de su criminal accion en la iglesia de San Sebastian. La pobre mujer estaba ya resignada á todo. Veia contento á su hijo, y olvidaba, la triste, sus agravios.

—Que seas dichoso es todo mi deseo, le dijo. Ya conozco á tu prometida, y en verdad que es hermosa. Si es tan buena como hermosa, ¿quién duda que serás feliz?... Lo que te recomiendo, si para tí vale algo el consejo de tu madre, es que tengas orden y economía en tu nuevo estado. El matrimonio trae consigo muchas obligaciones; luego tendrás hijos... ganas tengo, á fé mia, de que los tengas para que conozcas lo que es el amor de los padres. Tienes fortuna bastante para vivir feliz; si tu esposa es buena y prudente y te ama, ella

procurará que tu fortuna aumente y nunca disminuya. Eso hice yo mientras vivia tu padre, y eso he hecho tambien para tí. Todo es tuyo, dispon de ello como quieras.

—¿Y V.?

—Yo tengo bastante con los alquileres de esta casita, donde nació y murió tu padre, que al morir la dejó expresamente para mí, como lo reza el testamento. Todo lo demás que me dejó, yo te lo doy de buena voluntad.

—Es V. muy buena.

—Soy madre, una madre como otra; pero no mejor que otra. ¿Y has dicho ya á esa condesa, que va á ser ahora tu madre, qué profesion tenia tu padre?

—Ellas lo deben saber, pero, en su extremada delicadeza, nada me han dicho.

—Me place que aprecies la delicadeza en esas señoras; en mí no debes haberla advertido nunca, porque jamás has hecho aprecio de ella.

—¡Mamá!...

—No, no te reprendo; las madres somos muy exigentes y de todo formamos queja. No hablemos de eso más, hijo mio. ¿Y cuándo es la boda?

—El dia de la Virgen del Cármen.

—Ella os proteja y os colme de bienes. Yo no asistiré, ¿es verdad?...

—Yo no sé...

—No tengas reparo en decirmelo. Segun he

oído, esa señora condesa es muy orgullosa y no quiere tratar con personas como yo.

—No me ha dicho nada.

—Ya te lo dirá, hijo, ya te lo dirá.

Y ya se ve que se lo dijo; pocos días ántes del señalado para la boda, la condesa de Clavoagudo recibió sola á Teodoro en el salon de los abuelos, que presentaban mejor aspecto, porque aquella mañana les habian sacudido el polvo, y sentándose en un sillón, que debió servir al abuelo más antiguo, le habló de esta manera:

—Caballero, va V. á ser esposo de mi hija, de la noble descendiente de los Clavoagudos, que nunca pensé llegara á casarse con persona muy apreciable, sin duda, pero que nõ le iguala en nobleza...

—Señora, soy un hombre honrado...

—Hombre honrado lo es cualquiera, caballero: pero Clavoagudo no lo es el que quiere. Usted es un jóven ilustrado; gracias al desórden de los tiempos y á la anarquía de las ideas, ahora cualquiera puede ser hombre ilustrado, pero la familia de usted ha estado, segun creo, dedicada al comercio de...

La condesa nõ se atrevió á decir de bollos.

—Sí, señora, V. comprende que yo no he podido elegir padres; pero mis padres, aunque de humilde origen, han sido modelo de honradez y probidad, y su fortuna ha sido ganada legitimamente.

—Sí, señor, sí, no se lo niego; pero V., al entrar en nuestra familia, debe olvidar su origen, y procurar hacerse digno de nosotros. Tengo de su madre de V. excelentes noticias, sé que es una buena mujer; pero V. comprenderá que entre ella y nosotras hay una distancia...

—Señora, ella misma lo ha pensado eso ántes que V.

—¡Oiga!

—Si, señora, ella misma ha pensado en su humildad lo que V. piensa en su altura.

—Entónces, nada debo decir á V.

—Nada; mi madre desea mi felicidad y no pretende salir de su oscuridad.

—Es orgullosa.

—¡Oh! es la humildad misma, señora.

—Ya no hay remedio. Usted será el esposo de mi hija, continuó la condesa; á la felicidad de Clara lo sacrifico todo. A V. corresponde ahora pagar este sacrificio, y hacer de modo que yo no tenga que arrepentirme. Yo no me separo de mi hija.

—Cuento ya con eso.

—Usted notendrá ya más familia que nosotras; podrá V. ir á ver á su madre cuando guste...

—Bien, ya sé; mi madre no podrá venir aquí. ¿Qué más tiene V. que decirme?...

—Que si hace V. feliz á mi hija, perdonaré á usted su origen, y seré su amiga; pero si la hace usted desgraciada, sobre V. caerá mi maldicion, y

la de todos los ilustres varones, nobles ascendientes míos que está V. viendo en esos cuadros, gloria de nuestra casa y de la patria.

Y á los pocos días se celebró en casa de la novia el matrimonio. La señora María hubiera querido que su hijo se casara en la iglesia, porque hubiera ella podido ir á verle desde léjos; pero en la tradición de los Clavoagudo no se recordaba que ninguno de aquella nobilísima familia se hubiese ido á casar en la parroquia; unos se habían casado en el palacio de los reyes, otros en sus castillos, alguno en la capilla donde estaba aguardando que llegase la hora de cortarle la cabeza por antojo de algún rey, á cuyas barbas se había subido el ilustre reo, y alguno, mal herido de un ballestazo, se casó en el mismo campo de batalla, á donde le había seguido su amada, vestida de trompetero.

Después del casamiento, hubo tantas visitas de gente principal, que el novio no tenía un momento libre para ir á saludar á su madre, y cuando las visitas le dejaron libre ya era hora de partir en el *express* para Francia y Alemania, donde iba á pasar la luna de miel con su esposa y su suegra.

Pero escribió una carta á su madre, en la que le participaba su efectuado enlace, se despedía para el extranjero, y se disculpaba de no haber podido ir á dar un abrazo á la pobre vieja.

IX.

Teodoro iba á París y á Berlin por primera vez, y naturalmente llevaba grandes deseos de ver todas aquellas maravillas, tan dignas de ser vistas, que hay en las dos soberbias capitales; pero no contaba él con que no podria ver más que lo que quisieran ver su mujer y su suegra. Llegaron á París, y ¡oh aficion femenil! no se ocuparon en ver otra cosa que tiendas; mes y medio viendo tiendas, revolviendo todas las anaquelorias, visitando talleres de confeccion, almacenes de modas, fábricas de corsés... El recién marido volvia á casa con su mujer y su madre política, llevando los bolsillos repletos de dijes, cajas y zarandajas, y las manos de paquetes de telas, y las visitas que recibia miéntras estaba en casa, eran las del *tai-llieur de toutes les souveraines de l'Univers*, que llevaba los abrigos encargados por las señoras, la de *M. Violet*, perfumista á la violeta, la de *Mlle. Cesarine*, modista del Serrallo del Gran Turco, la de infinidad de proveedores de todo lo necesario y de todo lo superfluo, que acudian, llamados por las señoras de Clavoagudo, y que presentaban

al felicísimo esposo unas cuentas enormes, bien que pagarlas le valia la gran satisfaccion de que cada uno de aquellos señores le hiciera cincuenta cortesías en un ladrillo, y le diera excelencia, y aún alguno le trató de alteza, y le quiso besar la mano, al despedirse.

Ni un solo dia pudo salir con su mujer sola; la condesa era siempre la primera que aparecia vestida, y en saliendo á la calle se agarraba al brazo de su yerno, que empezaba á notar ya la ridícula figura que hacia sirviendo de caballero á una vieja tan fea y tan compuesta, que es como decir una fea doblemente fea. Y en cansándose de ver tiendas y hacer compras, era preciso tomar un coche de lujo, y al *Bois*. A la condesa le gustaba mucho ir al *Bois*. Y una noche se le antojó ir á *Mabille*, y aquellas grandísimas perdidas que van á ese baile á caza de gangas, notaron en seguida la presencia de tan extravagante señora y se pusieron de acuerdo para embromarla. Y al pasar, todas le hacian una profunda reverencia, con lo cual se puso tan hueca la noble dama, creyendo buena-mente que el reverente saludo era señal de que allí se tenia conocimiento de su elevada clase.

Y en tanto, un inglés beodo cogia por la cintura á Clara, invitándola á una cena en Tortoní, y Teodoro tuvo que emprender á bofetadas con el inglés, que le aplicó por su parte tremendas puñadas, y le hubiese triturado á no acudir pronta-

mente los *sergents de ville*, que, enterados del hecho, llevaron al inglés al *violon* é hicieron salir del baile á las Clavoagudo y su acompañante.

En Berlin se divirtió lo mismo el buen Teodoro, viendo tiendas y almacenes, y á los tres meses volvió á Madrid con su mujer y su suegra y diez mundos de equipaje, dejando otros tantos en París para que vinieran en pequeña velocidad. Teodoro volvió asaz mohino á Madrid, porque habia echado sus cuentas y advertido que habia gastado la renta de diez años de su capital. Para eso habia visto muy bonitas tiendas, pero le parecia que esta satisfaccion le costaba demasiado cara.

Cuando en Madrid le preguntaban luego los amigos:

—Vamos, hombre, cuenta, ¿y qué has visto?

—Unas tiendas muy bonitas, muchas tiendas; no he visto otra cosa, contestaba.

Ya tenia deseos de ver á su madre, y en cuanto pudo corrió á la calle excéntrica donde aquella vivia. En los tres meses de su viaje sólo habia escrito una carta á la excelente madre, que pasó mortales angustias y cruel zozobra sin saber de su hijo.

La señora María recibió á su hijo en sus brazos, llena de alegría, llorando de placer; Teodoro empezó á disculparse, pero ella le atajó, diciéndole:

—Calla, hijo mio, yo no me quejo; he sufrido

mucho no sabiendo de tí; pero todos mis tormentos están compensados con el placer que hoy has venido á darme. Hijo mio, estás más delgado... Perdona, pero las madres tenemos la aprension de que nuestros hijos no están buenos, cuando no somos nosotras mismas las que de ellos cuidamos. ¿Y tu mujer?... ¿es buena?... ¿es hacendosa?...

—Sí, me ama, y yo no tengo motivos para estar descontento.

—Si te ama, sé tolerante con ella; si tiene algun defectillo, trátala bien, con amor y dulzura; las mujeres nos pagamos mucho de eso... ¿Cuánto desearia conocerla y darle mil besos!... Es tu mujer, la que será madre de mis nietos. Cuidala mucho y ámala, para que ella te ame.

—Pero ¿está V. siempre sola aqui?...

—Calla, hombre, no estoy sola; voy á casa de los vecinos; estos dias he estado asistiendo á la pobre zapatera de la buhardilla, que está parida y su marido en la cárcel, sin un recurso la infeliz; yo he sacado de pila al niño y le he puesto tu nombre. No me paga la casa hace un año. ¿Cómo ha de pagar si no tiene?... Voy muchos dias á la iglesia... Ya ves que no estoy sola... Y cuando estoy sola pienso en tí, y considera si querré yo mejor compañía que tu recuerdo. Con que no te preocupes de mí ni vengas á verme más que cuando te sobre el tiempo. Ahora debes dedicarte con preferencia á tu mujer, á tu nueva familia.

—¿Y qué es eso que está V. cosiendo?...

—Hijo, por pasar el tiempo; estoy haciendo unas camisillas para regalárselas á los niños de la Inclusa. . ¿Qué te creías?... Aunque no tengo más que lo que me produce esta casa, y la mayor parte de los inquilinos no me pagan, áun puedo hacer mis ahorritos... Ahora he comprado en un desbarate de tienda unas piezas de tela muy buena y muy barata, y á los pobrecitos incluseros les vendrá muy bien el regalo. Yo no puedo estarme sin trabajar. Algunos dias, para que no se me olvide, hago bollos tambien, pero no te alarmes, no los vendo, los regalo á algun conocimiento. Vaya, con mi charla te estoy entreteniendo, y tú tendrás que hacer... Te esperará tu esposa. . Ahora ireis en coche á la Castellana; ya iré yo al paseo un domingo, cuando se ponga buena la parida y me acompañe, para verte y conocer mejor á tu mujer.

Teodoro salió de casa de su madre, turbado, conmovido.

—¡Qué diferencia! exclamó.

En su casa le esperaba su mujer, de muy mala cara, y su suegra, con la cara de acordarse de sus abuelos.

—¿He tardado?... preguntó á Clara, que volvió la cabeza como si no le hubiera oido.

—El coche nos espera á la puerta hace dos horas, dijo la condesa con severidad. Muchas cosas le habrá contado V. á su madre.

La condesa no habia querido nunca tutear á su yerno.

—No, señora; ella es la que me ha contado. La pobre está sola, hacia mucho tiempo que no me veia... no tiene otro hijo que yo...

—¿Vamos, Clarita? dijo la suegra, como si no oyera á Teodoro.

—Vamos, mamá.

—Y V. ¿se queda? preguntó la condesa á Teodoro.

—Si Vds. prefieren ir solas á la Castellana...

—Nos es indiferente, contestó la nieta de los cuadros del salon.

—Entónces, me quedo.

Las dos señoras salieron, y en el magnífico *landau* que Teodoro habia regalado á su mujer, fueron á la Castellana, donde hicieron el efecto que era de suponer, despues de una ausencia de tres meses.

En seguida rodearon el coche apuestos jinetes gozosos de volver á ver á la reina de los salones, y cuando, al anochecer, volvieron á casa, venia el carruaje escoltado por seis ú ocho caballos con sus caballeros, que la gente se asomaba á los balcones, creyendo que pasaba la Real Familia.

Durante la comida, las dos señoras hablaron gozosas de las ocurrencias del vizconde de la Zancadilla, del soberbio tren que llevaba la de Paredes, ó más bien que la llevaba á ella, del precioso

caballo *pur sang* que montaba el brigadier Cerrojo, del gran efecto que habia causado su presencia en la Castellana, y por último, convinieron, ellos dos, en que era preciso pensar en abrir los salones, y recibir los jueves de cada semana, y los lunes ir á los conciertos de la marquesa de Tinto, y los martes á los bailes de la viuda de Calicanto, y los miércoles á las comedias de la duquesa del Mirlo, y los viernes á los cuadros vivos de la baronesa de la Parrachica, y los sábados á los chocolates literarios del conde de las Plumas, y además era indispensable tomar un segundo turno en la Zarzuela, un tercero en el Real, y enterarse de cuando era funcion de moda en el Principe y en el Circo ecuestre.

Y á todo callaba el pacientísimo cordero, ó sea el marido, el hijo del bollero, preocupado aún con el grato recuerdo de su buenísima madre, de la sencilla señora María.

¿Describiré á mis amables lectoras la vida de placeres, fiesta y aturdimiento del feliz matrimonio?... ¿para qué? Aquello fué la *mar*, como se dice ahora.

Los amigos de la condesa y su hija y del marido de ésta, que siempre ocupaba el tercer lugar, y se le llamaba simplemente el marido de Clarita Clavoagudo, como á los oscuros esposos de las cantantes se les llama el marido de la *Tali* ó de la *Cuali*, se divirtieron de lo lindo en la larga tem-

porada de saraos que dieron las nobles señoras, y Teodoro tambien se divirtió mucho, teniendo que tolerar que todos galanteasen á su mujer, que por fortuna era honrada, aunque vana y soberbia, y para que la diversion fuese completa, hubo de bairse con un espadachin, que desairado por Clara, habló en desdoro de ésta, y aunque toda la razon estaba de parte del ofendido esposo, no le libró esta favorable circunstancia de recibir una estocada, que no le envió á la eternidad por milagro patente.

Este suceso ocurrió en ocasion que acababan Clara y la condesa de salir para los baños, y Teodoro mandó llamar á su madre, que corrió á cuidar á su hijo, y á su lado pasó quince dias de angustia, velando por el herido y haciendo prodigios de abnegacion; y cuando su hijo estuvo fuera de peligro, cuando ya iban á regresar su mujer y su suegra, la señora María se volvió á su pobre casa con la mayor humildad.

—¡Pobre hijo mio! decia la buena mujer; ¡cómo me quiere ahora! ¡Al fin ha conocido cuán verdadero, cuán profundo y desinteresado es el amor de una madre!

Pasaron algunos años más.

La fortuna de Teodoro habia desaparecido; Clara y la condesa habian dado cuenta de ella; Teodoro probó á ganar algo, abrió su bufete, pero no tenia reputacion y no acudia nadie á solicitar sus buenos oficios. Luego, como hay tantos abogados... el que no es más que abogado y no ha tenido la suerte de lograr distinguirse, ya tiene, con serlo, bastante para morir de hambre. Se metió en la Bolsa, en lugar de meterse en San Bernardino, y ganó algo, y luego mucho, y perdió, y volvió á ganar, y al fin lo perdió todo, y llegó el terrible momento de declarar su ruina á su mujer y á su suegra.

La escena fué tremenda.

Teodoro oyó durisimas quejas de Clara é irritantes reconvenciones de la condesa, que entónces sí que evocó los recuerdos de sus abuelos, y quiso echarle en cara lo miserable de su origen.

Pero Teodoro, cansado ya de sufrir la injusticia

de aquella mujer, de estar sometido á su capricho, se revolvió contra ella, y recobrando la energía y la dignidad, que habia abdicado al ver satisfecha su vanidad uniéndose á la hija de tan ilustre casa, habló con entereza á su suegra, defendió bizarramente á la señora María, de quien la condesa se permitió hablar con el desden de siempre, y concluyó la andanada que descargó sobre la irritada vieja, manifestando su propósito de vivir solo con su mujer, si ésta queria seguirle, y si Clara se oponia á separarse de la condesa, él se iria á vivir con su madre y abriria la bollería otra vez para ganar honradamente con que mantener á la que era su esposa y á la hija que tenian.

La condesa de Clavoagudo bramó, rugió, oyendo á su yerno y viendo desconocida y maltrecha su autoridad, y si no le mordió fué porque no tenia gran confianza en la firmeza de sus dientes, que se los habia puesto tiempos atrás doña Polonia Sanz.

—Cuatro dias, dijo Teodoro á su mujer, te doy para elegir. O sigues á tu marido y á tu hija, ó te quedas con tu madre. La señora condesa de Clavoagudo, la que desprecia al hijo del bollero, te ha ayudado á derrochar la fortuna de mis honradísimos padres, pero aun tengo yo fuerzas y voluntad para trabajar, y puedo asegurar tu subsistencia modesta y honradamente. Estoy arruinado, en justo castigo de mi vanidad. El trabajo me

rehabilitará. En esos cuatro dias no nos veremos. Tú pensarás lo que mejor te convenga: si el amor de tu esposo y la compañía de nuestra hija, ó la vanidad de tu madre. Elige lo que quieras.

La señora María, á quien nada ocultaba ya su hijo, supo todo esto.

—Hijo mio, dijo á Teodoro, un solo consejo te daré: piensa mucho lo que vas á hacer, y por Dios te ruego no te separes de tu mujer. Vivir separado el esposo de la esposa es cosa triste. Teneis una hija. Piensa, piensa lo que vas á hacer. Tu suegra apura tu paciencia... ¿Y qué vas á hacer de ella?... ¿Vas á abandonar á la pobre vieja?... Ella lo pasaria peor que yo, porque es soberbia, es orgullosa... y se moriria de rabia viéndose humillada, sola. Hijo mio, piensa mucho, mucho... Busca la manera de recobrar la paz del hogar, que es el único bien positivo en este mundo, y acuérdate de tu madre.

XI.

El cuarto dia, término del plazo que Teodoro diera á su mujer, acababa de entrar éste en el gabinete donde se hallaban aquella y la condesa,

cuando el criado anunció que una mujer deseaba hablar con las señoras.

—¿Y quién es? preguntó Teodoro.

—Ha dicho que diga solamente que es una mujer.

—Soy yo, dijo entrando la señora María.

—¡Mi madre! exclamó Teodoro.

—¿Qué es esto? murmuró, levantándose, la condesa y queriendo salir de la estancia.

—Señora condesa, añadió humildemente la señora María, ruego á V. E. que no se vaya.

—No comprendo...

—He venido porque vengo á hacer algo por ustedes.

—¿Por mí? preguntó con altivez la vieja, sintiendo no estar en el salon de los abuelos para pedirles que le inspirasen en aquel momento.

—Luego que diga lo que tengo que decir, me iré y ya no volveré.

—Hable V , madre mia, dijo Teodoro.

—Hablaré, y que me perdone la señora condesa si no me expreso con tanta delicadeza como las personas de su rango. Vendiendo bollos toda la vida no se puede aprender á decir cosas bonitas con finura.

La condesa estaba tan nerviosa que le bailaban en la boca los dientes que le habia puesto doña Polonia Sanz.

La señora María continuó.

—Se lo que pasa aquí, las desavenencias entre mi hijo y esta hermosa señora, á quien Dios bendiga,—y miró con inefable ternura á la mujer de Teodoro;—sé que mi hijo es culpable, porque no ha sabido evitar que llegue este caso, porque no ha sabido hacer uso de la dulce autoridad de marido prudente, cuidadoso y previsor; sé que está arruinado, que la fortuna que le dejó su padre se ha gastado en lujo costosísimo, en deslumbrar al mundo por algun tiempo, en hacer alarde de una exagerada riqueza; y sé, en fin, que han llegado los tiempos duros y tristes de la escasez... que serian tiempos benditos de amor, union y mutuo consuelo, si aqui hubiera cariño de familia, si mi hijo hubiese amado más á su mujer que á la vanidad, si esta hermosa señora hubiese sido de otro modo educada, y por fin, si la señora condesa hubiera aprovechado la experiencia que por su edad debe tener.

—Buena mujer, exclamó ésta, le advierto á usted que está en mi casa, y no tolero que se me insulte.

—¿En casa de V. E., señora condesa?...

—¿Lo duda V.?...

—No, señora, no; la casa de V. será, porque yo se la vengo á devolver.

—¡Qué insolencia!...

—Mamá, por Dios, deje V. hablar á esta señora, dijo Clara, ménos intolerante que su madre.

—Yo no debo oirla...

—Señora, tenga V. E. un poco de calma, que no le pesará.

—¡Verse una señora de mi clase en este caso!... ¡Oh! con razon temia que tu matrimonio con ese hombre habia de ser fuente copiosa de males y desdichas.

—Señora, exclamó Teodoro, si interrumpes otra vez á mi madre, ella y yo salimos de aqui para no volver.

—¡La amenaza es terrible!... Ya pueden ustedes marcharse.

—No, señora, dijo la señora Maria, no nos podemos marchar todavía, porque ántes tengo que devolver á V. E. este papel.

—¿Qué es esto?

—Es simplemente una escritura firmada por vucencia hipotecando esta casa donde vive, en pago de 10,000 duros. Este documento ha venido á parar á manos de una persona que yo conozco, de un escribano, que es el mismo encargado de los asuntos de mi marido, y yo la he comprado para devolvérsela á V. E. No habia otro medio de evitar que esta casa pasara á poder del dueño de esa escritura ántes de ocho dias.

—¡Jesús mil veces!... ¿Qué diabólica mujer es esta?... exclamó la condesa.

—Señora, vea V. lo que dice, ó no respondo de mí, dijo Teodoro á su suegra.

—Hijo mio, continuó la señora María, yo soy una pobre mujer ignorante, á la buena de Dios, pero tengo un corazon leal que no me engaña nunca. Así no me ha engañado esta vez. Yo conocia de oidas las costumbres de estas señoras, su lujo, su grandeza; sabia el estado de su fortuna, y comprendí que, más pronto ó más tarde, llegaria para tí el triste caso en que hoy te encuentras. No debes culpar á tu esposa, ni á tu suegra... perdone V. E.... á tu madre politica, quise decir; debes culparte á tí mismo, que no has sido prudente y juicioso. Pero no te apenes, hijo mio, que aquí está tu madre para salvarte. En este sobre se contiene un talon del Banco, de 30,000 duros, que son tuyos, y yo te los vengo á devolver. Yo te entregué la fortuna que dejó tu padre; esa fortuna se la llevó el viento de la vanidad; lo que hoy te traigo es lo que yo reuní despues de la muerte de tu padre, y reservé, cuando te casaste, temiendo que llegara este caso. Ahora que ya has visto lo que es la vanidad, y á dónde conduce, ahora, que te has visto á las puertas de la miseria, serás prudente y precavido, y con este dinero y tu trabajo, podrás rehacer tu fortuna, y vivir tranquilo con tu mujer y tu hija.

—¡Madre mia! exclamó Teodoro, abrazando y besando á la señora María.

—Señora, dijo Clara muy conmovida, acercándose á la bollera, permitame usted tambien

que le dé un abrazo, y la llame ¡madre mia!...

—¡Hija de mi corazón! murmuró la señora María, llorando de placer, y abrazando estrechamente á la mujer de su hijo.

Y volviéndose luego á la condesa, que estaba allí como clavada en el suelo, sin saber qué actitud tomar, ni qué decir, le dijo con humildad:

—Señora, V. E. es una gran señora, lo reconozco; yo soy una pobre mujer del pueblo; pero crea V. E. que Dios lo mismo da corazón bueno y generoso á los grandes, que á los pequeños. Yo no tengo la nobleza, muy respetable, de la cuna; pero ¿no cree V. que tengo algo de nobleza en el corazón?...

—Madre, V. no se separará ya de nosotros, exclamó Teodoro.

—Yo deseo lo mismo, añadió Clara, ya arrepentida de su loca afición al lujo.

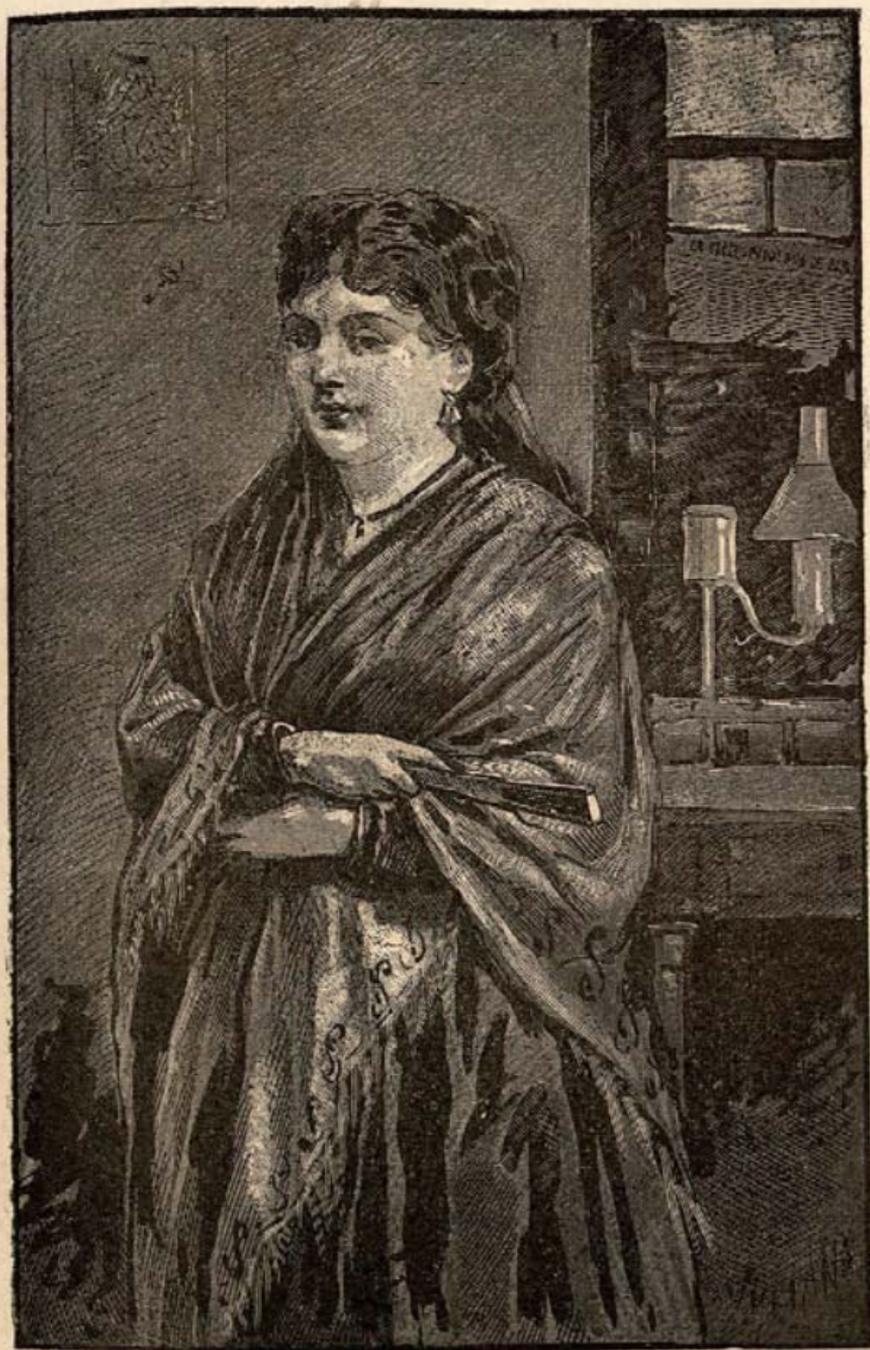
—Hijos míos, murmuró llorando la señora María, todo lo que me pidais lo haré, menos eso. ¡Dos suegras juntas! Dios os libre. Yo me vuelvo á mi casita, donde tantos años estuvo mi bollería, y vosotros os quedais en la vuestra con vuestra madre, la señora condesa, con quien debéis ser tolerantes y cariñosos. Pero cuidado con volver á derrochar tu fortuna, Teodoro mío de mi corazón, porque ahora sí que no me queda otra que ofrecerte.

XII.

La condesa de Clavoagudo cayó en unâ tenaz melancolía, y á los dos años murió, sin consolarse de aquella humillacion.

Teodoro y Clara viven felices, en holgada posicion, con su hija; y la señora María continúa en su pobre casita, viviendo con una pequeña parte de lo que le produce la reducida finca, y dando todo lo que le sobra á los pobres.

Cuando van sus hijos á verla, se vuelve loca de alegría, y todos los domingos les envia media docena de delicados bollos, hechos por sus primorosas manos.

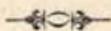




IV

DOÑA MARIQUITA

(HISTORIA VULGARÍSIMA)



I.

César, Napoleon I y todos los grandes hombres que en el mundo han sido, habrán hecho maravillosas proezas y hazañas dignas de ser esculpidas en mármoles y bronces, y cantadas por todo lo alto en poemas inmortales; pero todas estas proezas, todas esas hazañas me parecen á mí cosa baladí y deleznable cuando me acuerdo de aquella señora gordita, bajita, coloradita, que se llama doña Mariquita, porque aún vive, y Dios le dé salud por mucho tiempo, vecina mia hace algunos años; porque los altos hechos de los más renom-

brados capitanes no tienen nada de particular comparados con los de doña Mariquita, y tiene ésta sobre aquellas grandes figuras de la historia la ventaja de la modestia, pues jamás hizo alarde de su grandeza, y la muy honrosa para ella de no haber causado á la humanidad daño alguno, sino todo lo contrario, de lo cual no se pueden vanagloriar todos aquellos héroes cuya gloria tantísima sangre costó al mundo.

Doña Mariquita ha vivido siempre en la oscuridad, desconocida para todos, excepto unos cuantos amigos, que ni siquiera admiraban su heroísmo, y cuando se muera ni siquiera le dedicará cuatro líneas *La Correspondencia*, y puede que no haya quien pague cinco duros para que en la cuarta plana del indispensable periódico noticiero le pongan su papeleta con el filete negro, la cruz y el rengloncito *Se suplica el coche*.

Doña Mariquita, inocente en paz vivia con su padre, cesante del ramo de sales, que nunca pudo salir de pobre, cuando conoció á un apuesto meritorio de Correos, que entónces habia aún meritorios en las oficinas, y ahora no los hay porque se ha considerado que lo de ménos es hacer méritos; la muchacha, que vivia muy metida en casa, no habia visto muchos hombres, y en cuanto vió al lindo Arturo, que así se llamaba, sintió hácia él pronunciada inclinacion, y tambien el meritorio miró con buenos ojos á aquella muchacha tan co-

loradita, tan redondita, tan sanita como una manzana. El cesante del ramo de sales advirtió la mútua inclinacion, y tembló por su hija; preferia casarla con un cabo de gastadores á dársela á un empleado, porque sabia el pobre hombre, por experiencia propia, qué triste suerte ha cabido siempre en España á los empleados que empiezan su carrera por la ínfima categoría, y no tienen quien les empuje, ni saben hacerse lugar empujando á los demás y haciéndoles caer de bruces para saltar por encima con muchísimo salero.

D. Pedro Salido, que así se llamaba el padre de la enamorada jóven, manifestó á ésta que debia cesar en sus relaciones con el meritorio, porque con éste no tendria nunca otra cosa que hambre hoy y necesidad mañana, y más le valia quedarse soltera que exponerse á vivir en la mayor estreñez con aquel pelado meritorio que ladraria de hambre toda su vida.

Mariquita habia leido muchas novelas prestadas, y por consiguiente habia tenido ocasion de conocer muchas grandes pasiones contrariadas, vencedoras al fin, por aquello de que todo lo vence el amor (ó la pata de cabra), y la oposicion que su padre manifestó, prudente y previsor, solamente sirvió para dar mayor fuerza á la que le habia inspirado el meritorio, que era una especialidad en escribir cartas de amor al estilo moderno, copiándolas de Víctor Hugo, Walter Scott,

Rousseau y Mad. Cotin, con las cuales volvió loquita á Mariquita, bastante dada ya á lo maravilloso y extraordinario. Y al mismo tiempo que tomaba mayor incremento en su pecho la llama del amor, aumentaba la vigilancia del cesante de sales para salvar á su hija del abismo en que pretendia caer, ciega por el amor, casándose con el incauto meritorio. No hay para qué decir que prohibió á éste la entrada en su casa, que clavó el ventanillo de la puerta y se constituyó en guardian vigilante de su tesoro, amen de amenazar en una atenta carta al galan con darle un estacazo, si por azar le veia en las inmediaciones de su impenetrable vivienda.

Pero todo fué inútil; Mariquita estaba penada por casarse, y el meritorio cada vez más firme en su amor. Toda la vigilancia del padre no impidió que los novios se escribieran, y la violencia con que empezó á tratar á su hija hizo más rápido el triunfo del amor.

Concertáronse los finos amantes, y una noche, mientras el cesante dormia, soñando que le dolian las muelas, que el infeliz nunca lograba soñar cosas agradables, Mariquita cometió la gravísima falta de huir con el meritorio, no en un carro triunfal de nácar y oro, tirado por seis cisnes á la Dumont, como en las comedias de magia, sino á pié y temblando de miedo, bien que no corria ningun peligro, porque el meritorio la llevaba á

confiarla á una tia suya, mujer de respeto y de severisimas costumbres, con quien estaria la doncella en tanto que el padre daba su consentimiento para el fausto enlace, ó el juez proveia lo necesario, si el cesante se negaba á toda avenencia.

¿Qué habia de hacer el hombre?...—Que se casen, dijo á otro meritorio que el rendido amante le envió como embajador extraordinario con su *ultimatum*.—Que se casen, y allá se las hayan; en el pecado llevan la penitencia. Gracias á Dios, no tendrán que gastar mucho en mondadientes.

Y Arturo y Mariquita se casaron un dia de Nochebuena, al rayar el alba, en la parroquia de San Márcos, y con dos onzas que de aguinaldo le habian dado el dia anterior al meritorio en la oficina, la boda fué bastante lucida y se celebró gran banquete de seis cubiertos en la fonda de los Leones de Oro, á duro por barba, al que asistieron los novios, la tia en quien fué depositada Mariquita, el emisario ya mencionado del novio y el irritado padre, más tranquilo ya, viendo que la cosa no tenia remedio, y asombrado de aquel opíparo festin: y luego por la noche fueron todos al teatro del Principe, donde se representaba la comedia *Contigo pan y cebolla*, que no parecia sino que la empresa la habia dispuesto expresamente para solemnizar el efectuado enlace de los dos más finos y constantes amantes.

Terminada la función, los esposos se fueron á casa de la tía, donde ésta les daba hospitalidad, mientras Dios les abría camino, y el padre se despidió de ellos, diciéndoles sentenciosamente:

—Ahora vereis lo que es bueno; yo me lavo las manos; ahora vereis por dónde salís.

II.

Dos meses estuvieron el meritorio y la meritoria en compañía de la respetable tía del primero, y por éste hubieran estado siempre con la tía, pero Mariquita deseaba tener su casita, aunque fuera un cuartito interior en la calle más extraviada, y le repugnaba vivir á costa de aquella señora. Un día dijo á ésta si tendría inconveniente en acompañarla á una parte, y habiendo obtenido satisfactoria respuesta, se puso Mariquita el manto, y con la tía de su marido se fué al ministerio de la Gobernación, y subió á la secretaría, y preguntó bravamente al portero:

—¿Está el ministro?

—Sí, señora, pero no recibe, está ocupado.

—No me importa.

—No, á mí tampoco; pero está ocupado y no recibe.

—A mí sí me recibe.

—No, señora, á nadie recibe á esta hora.

—Vaya, entre V. y dígale que está aquí Mariquita.

—Yo no sé si me atreva.

—Sí, señor, sí, que se lo agradecerá á V.

El portero se decidió, abrió la mampara del despacho ministerial y dijo á S. E., que á la sazón estaba leyendo un artículo en que le llamaba sabio y otros excesos un periódico, que de gastos secretos recibia diez mil reales mensuales de ayuda de costas:

—Señor, ahí está una señora que quiere ver á V. E.

—He dicho que no recibo.

—Me ha dicho esa señora que es Mariquita.

—¡Mariquita!... ¡Mariquita!... No hago memoria... ¡Ah! que pase al momento.

Sin duda el ministro habia conocido alguna otra Mariquita.

Mariquita y la tia entraron en el despacho.

—Señor, aquí me tiene V. E., empezó diciendo la mujer del meritorio, que de aquí no me voy sin que V. E. me conceda lo que pido.

Dijo esto Mariquita con tanta gracia, con tan sencilla ingenuidad, que el ministro no se enojó.

—Señora, ha entrado V. aquí de un modo... dijo S. E.

—He entrado como entro siempre en todas partes, con la cara descubierta y la verdad por de-

lante. El portero le ha dicho á V. E. que Mariquita deseaba verle. Pues yo me llamo así para servir á V. E.

—Bueno, bueno...

—Digo esto para que no crea V. E. que he venido aquí con supercherías y embustes. Yo no miento nunca.

—¿Y qué desea V.?

—Poca cosa. Ha de saber V. E. que me he casado hace dos meses con un sujeto que lleva tres años de meritorio en Correos... Ya ve V. E. qué presente y qué porvenir. Él no es un Salomon, pero hombre honrado y trabajador, sí, señor, que lo es, y tiene una letra muy bonita; y de cuentas sabe una barbaridad. Mire V. E., yo soy muy económica, y con dos hago lo que otras con cuatro, pero lo que es con nada hágase cargo V. E. de lo que podré hacer... Conque, ya sabe V. E. á lo que vengo, á que señale algun sueldo, aunque sea corto, á mi marido, que me parece que despues de tres años de hacer méritos, ya es de justicia darle algo seguro al pobre. ¿Lo va á hacer V. E.?... Me parece que sí, porque V. E. tiene cara de ser buena persona. Mi marido se llama D. Arturo Carranque, meritorio en Correos, con tres años de servicios y dos meses de casado. Muchas gracias por tanta bondad, y si en algo le puede servir... mi marido, puede V. E. disponer y mandarle con entera franqueza. Beso la mano de V. E.

Mariquita hizo una graciosa cortesía á S. E., y salió con la tia, dejando al ministro agradablemente impresionado, y tanto, que seguidamente llamó al director del ramo, y le pidió una credencial de seis mil reales á favor de D. Arturo Carrique.

Este la recibió al ir á salir de la oficina, y corrió á su casa lleno de entusiasmo, y mostrando á su mujer el oficio, exclamó:

—Y luego dirán que en España no se premian los buenos servicios. Ahí tienes, sin recomendacion de nadie, sin que yo haya pedido nada, sin conocerme el ministro ni el director, ahí tienes... ya tengo seis mil reales, ya somos felices, ya se cumple tu deseo de que tomemos un cuartito, y hagamos casa. ¡Qué ministro ese!... ¡Y luego vendrán los periódicos diciendo que es un pillo! Ganas me dan de ir á la redaccion de alguno de los que le ponen como nuevo, y dar de bofetadas al director y á todos los redactores. Voy á comprar un pliego de papel vitela, para escribirle una carta en letra gótica, dándole las gracias, y tú á ver si le bordas un pañuelo para su mujer, con la fecha de mi nombramiento y las tablas de la ley.

El favorecido no supo hasta muchos años despues por quién habia obtenido aquel nombramiento.

El ministro recibió la pomposa carta, que le

dirigió *su humilde súbdito*, que así firmaba, Arturo Carranque y Malvareal, y aunque le hizo gracia la carta, más gracia le hubiese hecho que hubiera ido á darle las gracias la donosa Mariquita.

Un mes despues, ya estaba el matrimonio en un cuartito muy pequeñito, en la calle de Silva, y Mariquita empezaba á lucir sus habilidades de mujer de su casa.

—¿Y qué tal os va?. . le preguntaba su padre cuando iba á verla.

—Muy ricamente, padre. Ya tenemos 25 duros al mes.

—¡Vaya una fortuna!

—Sí, señor, una fortuna es para quien, como nosotros, no tenia nada.

—Verás, verás lo que vais á pasar.

—¡Jesús! siempre está V. diciendo lo mismo.

—Bueno, bueno, yo me lavo las manos. Tú lo quisiste... ¡Bastante harás con 25 duros al mes!...

—Viviremos honradamente sin deber nada á nadie.

—Bien, bien... y en teniendo chicos, ya verás lo que os pasa.

—Los tendremos, y ya verá V. como los sacamos adelante.

—Sí, sí, bueno; á la cara te ha de salir tu desobediencia á tu padre.

—Yo tengo confianza en Dios.

—Bien, bien; adelante, hija... Ya verás, ya verás lo que es bueno.

El padre no se podía persuadir de que alguien pudiera ser feliz siendo empleado ó siendo casado. Él, en sus empleos y en su matrimonio, había sido poco afortunado.

III.

Era cosa de ver la casita que puso Doña Mariquita, y qué limpio, aseadito, cosido, cepillado y reluciente estaba D. Arturo Carranque. Los 25 duros, que éste cobraba todos los meses, eran, en manos de su mujer, una verdadera riqueza; para todas las necesidades de la casa había dinero de sobra, y aún guardaba cada mes algunos duros la económica esposa, para ir haciendo la canastilla, porque todas las señales indicaban que no pasarían más de nueve meses sin que se aumentara la familia.

La casa de Doña Mariquita era lo que se llama una tacita de plata; en el suelo se podían comer sopas, aunque yo no las hubiera comido; en las paredes no se veía una mala telaraña siquiera; las sillas parecían acabadas de salir del almacén; la cómoda, que era vieja, barnizada nuevamente, la hubieran comprado sin reparo por nueva; en la co-

cina no se podia entrar sin quedar deslumbrado; tanto relucian las dos sartenes, el perol y otros efectos de metal artísticamente colocados en las paredes. El antiguo meritorio habia cambiado de aspecto por completo; ántes estaba pálido, flaco, alicaído; desde que se casó se le veia colorado, grueso, animado, con todas las señales de la buena salud; y hasta el gato que acompañaba al matrimonio, se habia puesto enormemente gordo, que nadie le hubiera creído propiedad de un empleadillo de 6.000 reales, sino de algun prior de jerónimos, y demostraba claramente que en aquella casa se comia bien y mucho.

A los nueve meses justos, Doña Mariquita dió á luz dos chicos de primera calidad, causándole extraordinaria alegría aquel regalo de la Providencia, mucha más que al afortunado padre, que se encontró con dos bocas más en casa, cuando él esperaba sólo una; el hombre se preocupó mucho con tan fausto acontecimiento, pero su mujer le animó, asegurándole que ella se bastaba y sobraba para criar á los dos Carranques, y que con los 6.000 reales era capaz de ocurrir á todas las necesidades.

Cuando el padre de Mariquita vió los dos nietos que el cielo le enviaba, se llevó las manos á la cabeza, hizo mil contorsiones, y exclamó:

—¡Anda! ¡anda! ¡dos chicos de un golpe!... ¿No querias casarte?... Pues ahora, ahora verás,

hija, lo que es bueno. Te digo que te vas á divertir...

—Pero padre, si Dios me los ha enviado, ¿qué he de hacer?...

—Si no te hubieras casado, Dios no te habria enviado esos dos muchachos.

—Tengo una alegría... Verá V. qué contenta los voy á criar...

—Sí, sí, ahora verás lo que es canela.

—¡Jesús! ¡qué profeta de desgracias es V.!...

—Nada, nada, si tú estás satisfecha, me alegro; pero ya verás, ya verás.

—Usted sí que verá como vivimos en paz y en gracia de Dios, y no nos sucede ningun trabajo.

A los ocho dias de haber salido á la escena los dos hijos de Carranque, ya estaba la fecunda madre tan lista como si nada hubiera pasado, y entre los dos repartia amorosamente el nutritivo jugo maternal, de que la naturaleza le habia dotado pródigamente.

El bueno de Carranque no advirtió falta alguna, y estuvo tan cuidado, tan atendido, tan cosido, zurcido y repasado, como cuando su mujer no tenia otra preocupacion que el amado esposo. Y para que éste no tuviera que oír llorar á los niños, Mariquita tuvo buen cuidado de procurar que las horas en que el esposo estaba en casa los mamones durmieran, y así solamente ella les oía llorar y berrear; en este matrimonio no era el ma-

ridito quien se levantaba de noche á dar unas cuantas vueltas á los niños, sino la amorosa madre, que nunca tenia pereza, ni se acordaba de su comodidad cuando se trataba de hacer algo por los dos inocentes cuya existencia estaba en sus manos. La cuestion económica la dominó por completo, haciendo lo que todavia no ha hecho ningun ministro de Hacienda en España, y todavia le sobró cada mes algo de los veinticinco duros que traia el marido, y éste no se quedó sin fumar. Tal milagro asombraba á Carranque, que oia en su oficina á otros empleados, con ménos obligaciones y más sueldo, decir que no podian vivir, que á la mitad del mes no tenian un cuarto de la paga, y él vivia y comia, sino manjares primorosos, alimento sano y hábilmente aderezado y sazonado por su mujer, que parecia imposible tuviera tiempo bastante para atender á sus hijos y disponer la comidita apetitosa al pazguato de su marido, que en cuanto se casó se hizo el hombre más prosáico, vulgar y desabrido que se ha visto en el mundo. En su casa no hacia más que comer y dormir, leer la *Historia de la Inquisición*, que era el único libro que tenia, y le entretenia muchísimo la descripcion de los tormentos que aplicaba el *santo* tribunal á los pobres que caian en sus mazmorras.

De cuando en cuando suspendia la lectura y decia á su mujer:

—¿Qué te parece coger á un hombre y colgarle de un gárfio por el dedo meñique del pié derecho?

—¡Qué barbaridad, hombre!

—¿Tú no has conocido á ninguno que le hayan emparedado?

—¡Yo!.. ¡Jesús! ¡qué preguntas tan necias tienes!

—Pues no tendria nada de particular, porque aquí hay una estadística en que constan más de mil. Entre mil bien podias haber conocido á alguno. Y potro, ¿sabes lo que es?

—Hombre, no; no sé lo que es.

—Debes leer este libro.

—Sí, tiempo tengo yo para eso. Y que debe ser divertido el librito.

—Todos los horrores de la Inquisicion están aquí, que le ponen á uno los pelos de punta. Te voy á leer este capítulo que describe el tormento de la rueda.

—No, hijo, no leas, y vamos á acostarnos, que ya están los niños dormiditos.

Y Carranque cerraba el libro de la Inquisicion, y le metia en el cajon de la mesa de comer, para sacarle la noche siguiente, y volver á saturarse de horrores inquisitoriales.

A los diez meses hubo que destetar á las criaturas, porque la madre estaba otra vez en estado interesante.

Cuando lo supo D. Pedro, el cesante del ramo de sales, exclamó:

—Pero, mujer, ¿vas á tener otro hijo?... ¿Te vas á atrever á tener otro hijo?

—Sí, señor, ¿y qué?

—Bien, bien; con tres hijos ya verás lo que es bueno. Ya te acordarás de tu padre, y sentirás no haber hecho caso de su consejo.

—Siempre dice V. lo mismo.

—Ya, ya cogerás el cielo con las manos; pero, hija, tú te has buscado todo lo que te sucede.

—Pero, señor, ¿qué me sucede de extraordinario?

—Nada, nada; ya verás lo que es bueno... Con tres hijos y ese marido, te digo que te vas á divertir.

IV.

No crean los lectores que Doña Mariquita se permitió el exceso de echar al mundo otro par de pelones; fué una niña la que salió á luz; pero con grandes dificultades, y poniendo muy en peligro la vida de su madre; con este motivo, decia el venturoso padre al experto cirujano que asistia á la paciente:

—Hombre, por más que cavilo, no puedo com-

prender cómo dos criaturas salieron la otra vez con tanta facilidad, y ahora una sola ha salido con tanto trabajo.

—Sí, señor, sí, contestaba el cirujano; eso consiste...

—¿En qué?... tengo gran curiosidad... Además, mi mujer, la primera vez era primeriza, que era una circunstancia agravante...

—Mire V., se ven casos muy raros. ¿V. sabe que era primeriza la primera vez su apreciable señora?...

—Señor cirujano, esa pregunta...

—¡Ah! V. perdone, es claro que lo era... Conque hablábamos de las dificultades de este parto.

—Sí, sí, de eso hablábamos, pero no hablemos más de eso. ¿V. la conceptúa fuera de peligro?...

—Mire V., hablando en puridad, mientras una persona se halla en este mundo, no está fuera de peligro.

—¿Qué me cuenta V.?... ¿Conque únicamente sale uno de peligro cuando se muere?...

—Sí, señor, y nadie podrá sostenerme lo contrario. La señora de V. tiene una naturaleza privilegiada, y espero que resistirá valerosamente la tremenda prueba.

Y en efecto, Mariquita se puso buena al cabo de un mes, y comenzó á criar á la niña.

Pero, ¡qué desórden en la casa mientras ella

estuvo enferma! Se habia gastado la paga, y los ahorros, y ya se debia dinero en la tienda, y el bueno de Carranque se habia visto precisado á empeñar el reloj, única alhaja que poseia, legado de un tio canónigo en Sigüenza, que si no se hubiera muerto, hubiese hecho mucho por su sobrino.

Mariquita se escandalizó al enterarse del gasto hecho, é increpó severamente á su marido, diciéndole que era un maniroto, un desmanotado, un derrochador, y le sentenció á fumar la mitad durante seis meses, y tomó sus disposiciones para enjugar el déficit y volver á introducir en el gobierno de la casa el orden y el buen régimen administrativo, perturbado por el que interinamente habia tenido á su cargo tan importante cuidado.

¿Cómo logró el apetecido resultado la buena esposa y excelente madre?... No es posible explicarlo; pero en seis meses restableció el equilibrio entre los ingresos y los gastos, y el séptimo mes ya pudo dar licencia á su marido para fumar algo más, bien que éste no hizo uso de ella, toda vez que en el semestre de penuria se habia acostumbrado á fumar ménos.

Carranque no podia ménos de admirar á su mujer, que tales milagros hacia, y una noche, mientras estaba un ratito viendo jugar al billar en el café de la calle de la Luna, se dijo:

—Carranque, tú no mereces la mujer que tie-

nes; ella siempre metida en casa con los chicos, trabajando siempre por tí, mientras tú te vienes aquí, al billar, á estudiar en la escuela del vicio, á interesar tu atencion en las carambolas del capellán del regimiento que juega con el físico, á oír las palabrotas que aquí se dicen, á perder el tiempo, en fin. Tu mujer no te trata á tí como á un marido de seis mil reales, sino como á uno de ocho ó diez, te trae sin un roto ni un descosido, con tu camisita planchada, con tu gaban sin un átomo de polvo, con el sombrero tan flamante como el día que le compraste, que ya hace tiempo. Tú eres un holgazán, Arturo; siento decírtelo, pero esa es la verdad, porque por las noches en tu casa podías hacer algo que te produjera algo, y con este algo tu mujer tendría algo más para las obligaciones de tu casa. Conque es preciso que trabajes de noche en alguna cosa útil. Tu compañero de oficina Gonzalez, un chico de veintidos años, ha escrito una comedia que se la han echado en el Circo, y ya le ha valido más de tres mil reales... Pues si ese muchacho sin experiencia, sin haber leído acaso ni la *Historia de la Inquisicion*, ha hecho una comedia, ¿qué no harás tú, hombre de más experiencia, de más disposiciones, de más mundo, y que has leído, además de esa historia, *Nuestra Señora de París*, *Han de Islandia* y una barbaridad de comedias?... Voy á hacer una comedia.

Arturo, desde el día siguiente, se encerró en casa apenas salía de la oficina, y empezó la comedia.

—En concluyendo yo esto, decia á su mujer, tendremos mucho más dinero.

—Pues ¿qué es eso?... preguntaba Mariquita.

—Una comedia.

—¿Comedia?... ¿y hecha por ti?...

—No te rias, que otros, con ménos facultades que yo, las hacen.

—Eres modesto, eso sí.

—Hija, lo que un hombre hace lo puede hacer otro hombre.

—Segun lo que sea.

—Figúrate si gustará una comedia en que sale una pidiendo una limosna á un mesonero, y éste la echa con mil diablos, y entónces ella se descubre y es la emperatriz Catalina de Rusia, y manda que al mesonero le den cincuenta palos allí mismo.

—¡Qué barbaridad! ¿Y dónde le dan los palos?...

—Toma, allí mismo, en la escena. Verás qué papel.

—Sí, es un papel muy bonito el de quien recibe cincuenta palos.

—No, verás; es que luego resulta que el mesonero no es mesonero, sino un teniente de caballería que estuvo en relaciones con la emperatriz.

—Y eso ¿se descubre despues que le han apa-
leado?...

—No, porque al quinto palo canta él...

—Pero, hombre, ¿cantar un hombre que le dan
de palos?...

—Quiero decir, que dice quién es.

—¿Y la emperatriz entónces?...

—En eso estoy ahora atascado. No sé si se des-
maje, ó se vaya huyendo horrorizada de lo que
ha hecho, ó le mande cortar la cabeza, ó se ar-
gle con él otra vez.

—Mira, la mejor solucion que puedes dar á esa
dificultad...

—Dime, dime, que las mujeres soleis tener al-
gunas veces ideas muy acertadas... Uno que
escribia comedias como yo, un tal Moliere, siem-
pre se las leia á su cocinera... Vamos á ver, ¿qué
te parece á ti que será de más efecto para el pú-
blico?

—Mira, lo de más efecto para ti, para mi y
para el público seria que rompieras todo lo que
has escrito y te dejases de escribir comedias, por-
que Dios no te llama por ese camino. Tu inten-
cion es buena, quieres aumentar nuestros re-
cursos, y yo celebraré que los aumentes, pero,
créeme á mí, escribiendo comedias no vas á ganar
un cuarto.

—Eso sí que no se lo dijo nunca su cocinera á
ese señor Moliere.

—Seria porque ese señor Moliere haria comedias mejor que tú.

Un poco ofendió al autor dramático la opinion de su mujer y el desden con que oyó las escenas que tenia escritas, hasta la de los palos al mesonero fingido; pero como Carranque no pudo, por más que discurrió, encontrar modo de continuar, despues de tan interesante escena, la disparatada fábula, quedóse allí la comedia, y el autor guardó el manuscrito, pensando que acaso, cuando ménos lo imaginase, le ocurriria la manera de salvar la dificultad.

Y empezó á pensar qué nuevo trabajo emprenderia que pudiera darle algun provecho, ya que no la gran fama que le habria dado la comedia, si hubiera podido salir del atascamiento de la escena de los palos.

La fortuna le proporcionó un trabajo conforme con la aficion que en él se empezaba á desarrollar: por mediacion de su compañero Gonzalez, el autor de la comedia representada en el Circo, pudo seguir escribiendo para el teatro, pudo escribir comedias, sólo que eran comedias de otros, y su trabajo consistia en copiar los ejemplares para apuntar y sacar los papeles que habian de estudiar los actores.

Este trabajo, aunque lo hacia muy barato, servia de mucho á Mariquita, que pronto comenzó á ahorrar otra vez.